

MIEDO A AMAR

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA



MIEDO A AMAR

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

Cuando bajó del taxi miró la casa. Nada había cambiado. El jardín, el estanque, el viejo roble, la inmensa magnolia bordeando el pórtico. Se había detenido en el tiempo. Únicamente ella era distinta. La muchacha que partió veinte años atrás ya no era una soñadora.

—¡Ha llegado Laura! —exclamó una chica de cabellos dorados mientras bajaba la escalinata.

—¿Carlota? ¡Díos mío, como has crecido! —se asombró Laura mientras era abrazada con efusión por su sobrina.

El mayordomo se acercó a ellas y cogió el baúl.

—Bienvenida, señorita.

—Gracias, Julio.

Laura ascendió los escalones con lentitud. Su madre la aguardaba con el mismo porte recatado que siempre la caracterizó. Soledad Alqueriza jamás mostraba los sentimientos en público. De bien niña le enseñaron que era vulgar. Y ellos pertenecían a la crema de la alta sociedad.

—Mamá —musitó su hija dándole un beso.

—Supongo que el viaje te habrá cansado. Marta te ha preparado un té. Jaime, sube el equipaje de la señorita a su antigua habitación.

Entraron en casa. Allí tampoco nada había sido modificado. La tradición, las normas eran inamovibles para los Alqueriza.

—Y bien. ¿A qué se debe esta repentina visita? —le preguntó su madre alcanzándole la taza.

—Ramón tenía que asistir a un congreso durante dos semanas a San Francisco y no me apetecía ir. Pensé que sería agradable pasar unos días en compañía de la familia. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—¡Tres años! —le recordó Carlota dejándose caer en el sofá.

—Querida, no seas tan tosca. Eres una señorita de buena familia. La espalda recta y movimientos suaves —le recriminó Soledad.

—Sí, mucho tiempo. Te dejé siendo una cría y ya eres toda una mujer,

Carlota —dijo Laura sorbiendo el té.

—Y una mujer comprometida —le informó la muchacha.

—Con un muchacho estupendo. De buena familia, responsable y futuro médico, como todos los varones de su familia desde hace doscientos años —añadió Soledad sonriendo por primera vez desde que su hija había llegado.

—Alguien adecuado, por supuesto —musitó Laura.

—Hoy lo conocerás. Le hemos invitado a la cena que se hace en tu honor, incluidos sus padres. Los conoces. Alberto es hijo de Andrés Muntaner —dijo su sobrina.

Laura se quedó unos instantes anclada en el pasado, cuando Andrés, bajo las magnolias le pidió que se casara con él, que abandonara a Ramón porque no le convenía.

—¡Oh, no hacía ninguna falta! —dijo al fin.

—Nuestros amigos desean verte, querida. Es lógico, pues eres cara de tratar.

—Las obligaciones y la distancia dificultan muchas cosas, madre. Aunque, vosotros también podríais venir a Nueva York. ¿No te parece?

—Nosotros iremos en nuestra luna de miel. Si no te importa.

—En absoluto. Será un gran placer.

—¡Seremos la envidia de la ciudad! Todos desean estar al lado de una mujer tan importante. Tienes un marido guapo, riquísimo y que te adora; y no digamos las amistades que te rodean. ¡Hasta cenaste con el presidente! Una vida realmente envidiable.

—Laura tuvo muchos pretendientes, algunos inadecuados, sin embargo al final supo elegir al hombre correcto. Como tú has hecho —dijo Soledad.

—Alberto es el sueño de toda mujer. Cuando lo conozcas me darás la razón —dijo Carlota entornando los ojos.

—¡Aquí está mi querida hermana! Y tan guapa como siempre. Diría que más. ¿Cómo logras mantenerte tan esbelta y joven? ¿Acaso has pactado con el diablo?

Laura miró a la mujer de cabellos rojos que entraba con un chiquillo en los brazos seguida por una niña con el rostro cubierto de pecas y se levantó corriendo para abrazarla.

—¿Es éste mi nuevo sobrino? ¡Es precioso! —dijo acariciándole la mejilla—. Y está debe de ser Susana. ¿Verdad? Estás muy alta.

—Julia, a diferencia de otras, tiene una gran familia. No comprendo

porque no habéis tenido hijos —dijo Soledad.

Laura dejó de sonreír.

—Mamá, por favor, no empieces —le recriminó Julia dejando al pequeño sentado sobre la alfombra.

—Tía Laura ha estado muy ocupada atendiendo a su marido. Supongo que pronto se decidirán a darte nietos. Aún son jóvenes. ¿No es así? —dijo Carlota revolviendo el cabello ensortijado de su hermano.

—Sí —susurró ella.

—¿Y por qué no has ido a Tokio? ¡Yo no lo hubiese dudado! Adoro viajar, aunque no he podido hacerlo a menudo. Por los niños, por supuesto —suspiró Julia.

—Yo también tardaré en tener hijos. Primero quiero disfrutar de mi marido y de la vida, como lo ha hecho tía Laura — dijo su hija.

—La vida no puede planearse, Carlota. Es impredecible y a veces cruel — le recordó Laura.

—¿Y ha ido solo? —quiso saber su hermana.

—Supongo que lo acompaña su secretaria.

—¡Uy! Eso es peligroso, querida.

—Por favor, Julia. Ramón es un hombre responsable y jamás engañaría a Laura. Es todo un señor —se escandalizó Soledad.

—Que se codea con lo mejorcito del mundo —apuntilló su nieta lanzando un sonoro suspiro.

—¿Es cierto que cenaste con la reina de Inglaterra? —se interesó Julia.

—Simplemente compartimos un saludo y la mesa junto a otros ochenta invitados.

—¡Simplemente, dice! —exclamó Carlota.

—Si me disculpáis, me retiro. Estoy realmente cansada — dijo Laura, levantándose.

—La cena será a las nueve en punto—le informó su madre.

Laura abandonó el salón y entró en su antiguo cuarto.

Como el resto del entorno la habitación estaba como el día que dejó la casa para convertirse en la señora Aguiló, digna de una adolescente. Colcha rosada a juego con las cortinas. En el tocador seguían expuestos los frascos de perfume y algunas cintas para el cabello. Nada de cosméticos para embellecer el rostro. Su madre jamás permitió que los utilizase hasta que cumpliera la mayoría de edad. Las señoritas educadas y decentes no se comportaban como

una desvergonzada, ni andaba con muchachos más allá del anochecer.

Aún podía recordar lo emocionada que se sintió cuando Ramón se fijó en ella, en una chiquilla recién salida del instituto, inexperta en el amor y en la vida. Pero él se encargó de enseñarle todos sus secretos, por supuesto tras la boda. Jamás habría osado entregarse antes. La educación recibida así se lo inculcó. Una formación estricta que a pesar de los años transcurridos todavía lograba reprimir muchos de sus deseos.

La diferencia de edad, Ramón le llevaba quince años, no escandalizó lo más mínimo a Soledad Alqueriza. En realidad, fue ella quién los presentó. Había llegado a la ciudad para concertar un negocio con su marido. Como mujer inteligente y astuta, vio en los ojos de Ramón el deseo por esa chiquilla a punto de convertirse en una joven hermosa. A partir de ese momento, sus estrictas normas quedaron borradas de un plumazo. Permitted que Ramón la invitase a cenar, a acompañarlo a fiestas en su honor e incluso que la besase en el porche. Por supuesto, indicándole que jamás cediese a algo mucho más comprometedor. Decía que los hombres se desencantaban en cuanto conseguían lo que anhelaban. Nada de sexo ni caricias osadas hasta la boda.

En aquellos días, para una adolescente, convertirse en la mujer de un hombre tan poderoso y atractivo, era un imposible y creyó morir de placer cuando él le pidió la mano.

Pero la que estaba más encantada con la idea de que la mayor de sus hijas se casara con el mejor partido inimaginable era su madre. No se opuso a que contrajeran matrimonio cuando ella cumplió dieciocho años y organizó una boda espectacular. Ramón era tan inmensamente rico que no escatimaron en lujos y excentricidades. Quinientos invitados y muchos llegados de todos los rincones del mundo. Tenía un marido guapo, inteligente y sumamente atento que la adoraba. Y ella se sintió la mujer más dichosa de la tierra.

Sí. Lo había sido hasta que dos días atrás cuando lo vio en el parking del hotel Ritz en compañía de su secretaria. Y no precisamente por asuntos laborales. La actitud cariñosa no daba lugar a dudas.

Hacía tiempo que la pasión entre ellos había decrecido. Circunstancia que encontraba lógica entre las parejas que llevaban varios años juntas, pero nunca pensó que se debiera a que él la engañara con otra o probablemente con muchas más. Ramón era atractivo y deseado por mujeres infinitamente más jóvenes y hermosas que ella, que podían ofrecerle lo que una esposa jamás practicaba con su marido cuando hacía el amor.

Lo más sorprendente fue descubrir que ver a Ramón besar a Luisa con ansia no le produjo el dolor esperado. Lo único que sintió fue miedo. La perfección de su vida se estaba tambaleando. ¿Qué se suponía que debería hacer ahora? ¿Dejarlo? ¿Hacer ver que no sabía nada? Durante veinte años estuvo pendiente de él, protegida por el hombre que ahora la traicionaba. La vida había transcurrido a su alrededor olvidándose de la suya propia. No sabría caminar sola.

La fotografía de su boda estaba sobre la mesilla. Laura la tomó entre las manos. Su sonrisa no evidenciaba los nervios y miedo que pasó por no estar segura de como comportarse. Nadie pudo imaginar que la novia fue la única que no disfrutó ni un instante. Tuvo miedo de no estar a la altura que exigía ser la esposa de un hombre tan importante y poderoso. Pero ahora comprendía que fue por otro motivo muy distinto.

Rompió a llorar.

El adulterio le había abierto los ojos. No amaba a su marido. En realidad nunca lo quiso. Ramón fue el sueño de una adolescente que cayó rendida ante la brillantez del hombre experto y deseado por medio mundo. Durante su matrimonio vivió inmersa en una mentira y lo peor de todo era que, continuaría viviéndola. No se sentía capaz de dejar a Ramón, de organizar un gran escándalo. La maldita educación que su madre le inculcó pesaba como una losa y que tal vez fue el motivo de su fracaso matrimonial.

La cena resultó ser más agradable de lo imaginado gracias al prometido de Carlota. Alberto era un muchacho encantador, divertido y tan guapo como le había descrito su sobrina. Alto y atlético, con unos inmensos ojos azules y deseó que Carlota no acabara decepcionada con el transcurrir de los años como ella.

—Por fin he conocido a la famosa Laura Aguiló. He oído hablar mucho de usted y he de decir que gana mucho en persona. Las fotografías de las revistas no le hacen justicia —le dijo Alberto sentándose junto a ella en el porche.

—¿Tan vieja me ves? Por favor, tutéame —le pidió Laura sonriendo.

Alberto la estudió detenidamente. Laura era una mujer realmente atractiva, con unos ojos verdes enmarcados por cabellos rojos como el fuego y un cuerpo perfecto a pesar de acercarse a la cuarentena. Una mujer espectacular. Elegante e inteligente.

—¿Vieja? ¡No, por favor! Eres una mujer muy hermosa, tal como me comentaron, y joven.

—Comparada con un muchacho de veintiséis años me siento una anciana. Me han dicho que has hecho medicina. ¿Qué especialidad?

—Ginecología.

—Nosotros preferíamos algo más... Digamos prestigioso —opinó su padre.

—Considero que cuidar de la salud de las mujeres es un trabajo encomiable.

—Y de los niños que vienen al mundo también —apuntilló Julia.

—¿Te queda mucho para terminar el Mir?

El rostro de Alberto se tornó serio.

—Dos años.

—Lo dices como si fuese una condena —rió Laura.

—Muchas veces lo es.

Laura miró hacia el cielo estrellado y su rostro dibujó una sonrisa

nostálgica.

—A mí me hubiese gustado estudiar, pero me casé joven. Demasiado.

—De lo cuál no debes estar arrepentida. Te has convertido en una esposa digna de un hombre notorio. Tu vida es envidiable —opinó su madre.

—Espero poder proporcionarle a Carlota tanta felicidad — dijo Alberto.

La muchacha tomó su mano y sonrió ampliamente.

—Ya me la estás dando.

Laura estudió al joven. Era el típico muchacho de buena familia, educado, con un porvenir envidiable y una prometida encantadora como Carlota; sin embargo sus ojos azules no brillaban. Una neblina los empañaba y se preguntó el motivo de su insatisfacción.

—La velada está siendo de lo más agradable. Pero es más de media noche. Hora de que Cenicienta se retire —dijo Soledad.

Sus invitados, a excepción de Alberto, también se marcharon.

Carlota lo miró con adoración.

—Dime, tía. ¿Qué opinas de mi prometido?

Ella soltó una risa cristalina.

—Como comprenderás, ante su presencia, mi boca está sellada.

Su sobrina se levantó.

—Vuelvo enseguida.

Alberto se sirvió un poco de oporto.

—¿Te apetece?

Ella aceptó.

—¿De verdad deseas ser médico? — le preguntó.

—¡Naturalmente! —dijo él con exagerado énfasis.

—Te he preguntado lo que tú quieres. No es lo mismo, ¿sabes?

—Y he respondido. Mi mayor meta es terminar la carrera, crear una familia junto a mi novia y ser feliz el resto de mis días. Nada espectacular, como puedes ver.

—Me alegro que tengas las ideas claras. No todo el mundo tiene tanta seguridad sobre su futuro. Mí sobrina es una chica afortunada.

—¿Así que la gran Laura me da su aprobación?

—Solamente mi sobrina tiene el derecho a elegir. Pero te diré que, conociéndola, sé que ha encontrado al mejor hombre para ella.

Carlota regresó y al oírla besó la mejilla de Alberto.

—¡Es cierto! ¿No te parece un encanto, tía? Voy a casarme con el chico

más guapo de la ciudad.

—No exageres —musitó él enrojeciendo.

—Únicamente digo la verdad y en dos años será el mejor médico. ¿No es así?

Alberto asintió y el abatimiento que ya mostró unos minutos antes volvió a apoderarse de su rostro.

—Hace una noche preciosa. Iremos a dar un paseo por el jardín. ¡Vamos!
—dijo Carlota tomando la mano de su prometido.

Laura los vio alejarse con preocupación. El chico era perfecto, sin embargo no le gustó esa falta de entusiasmo que se desataba cada vez que alguien le recordaba los estudios. Tal vez una carrera elegida por tradición que no deseaba. Y eso, no era nada bueno. No para que un matrimonio fuese dichoso.

Suspiró hondamente y entró en casa. Subió a la planta de arriba. La puerta del cuarto de su madre estaba abierta. Soledad estaba leyendo. Al escuchar a su hija alzó la mirada.

—Laura.

Su hija entró.

—¿Qué te ha parecido Alberto? Hacen buena pareja, ¿verdad? —dijo Soledad.

—Sí.

—Mi nieta será muy feliz, como tú lo eres. Aunque espero que me dé bisnietos.

—Mamá, por favor. Deja el tema —le pidió Laura.

—¿Por qué? Es lógico que un matrimonio tenga hijos. ¿Acaso no puedes tenerlos?

—Estoy sana, mamá. ¿Crees realmente que Alberto quiere ser médico?

Soledad la miró estupefacta.

—¡Por supuesto! Ningún Muntaner ha sido otra cosa. Lo llevan en los genes.

—Alguna vez alguien debe de romper la tradición.

—Los de nuestra clase jamás o llegaríamos a convertirnos en plebe.

Laura sacudió la cabeza con incredulidad.

—Mamá, los tiempos han cambiado. Ya nada es como antes.

—Aquí sí. Y no seremos los Alqueriza quienes rompan las normas, como lo ha hecho la loca de Beatriz. ¿Ya te has enterado que se fugó con el

jardinero? Dejó a Borja dos días antes de la boda. Sus padres hace casi dos meses que no salen de casa. No han querido ni asistir a la cena. ¡Están destrozados! Pero esa loca regresará. Está acostumbrada al lujo y ese desgraciado no podrá hacerla feliz.

—El dinero no lo es todo.

Soledad sacudió la cabeza con condescendencia.

Hija, es fundamental. Ninguna pareja sobrevive a las penalidades.

—Y tampoco sin amor.

—El amor es dañino. Cuando éste termina se desmorona todo. En cambio, si una pareja se une por afinidades, proyectos futuros mutuos, perdura.

Laura la miró incrédula.

—¿Me estabas diciendo que te casaste con papá sin estar enamorada?

—Tu padre y yo teníamos gustos similares, las mismas aspiraciones. Eso nos bastó y con el tiempo aprendimos a querernos. Lo mismo que tú, hija.

—No, mamá. Yo quería a Ramón con toda mi alma — puntualizó Laura.

—Una excepción.

—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¿Qué me dices de Julia? Ama a Roberto.

—Se casó con él porque era el mejor candidato. Acertó. Ya ves que forman una pareja estable. Sus hijos viven en un hogar sereno, sin altibajos. Además, ella nunca se tomó la vida con tanta pasión como tú.

—¿Papá te engañó alguna vez?

Soledad sonrió divertida.

—¿Tú padre? ¿Alguien de tan firmes convicciones morales? ¡Imposible!

—¿Y si lo hubiese hecho? ¿Le habrías perdonado?

Soledad lanzó un suspiro.

—Los hombres son distintos a nosotras. Tienen necesidades y deben desahogarse. El sexo no es un motivo importante para que destruya una relación. ¿Si tu cuñado tuviese un tropezón piensas que sería aconsejable que Julia rompiera su matrimonio, su familia? No, Laura. Los hijos son muy importantes. Claro que, tú eso no puedes comprenderlo.

Laura pensó que su madre estaba equivocada. Ella nunca fue apasionada. Siempre actuó con calma, sopesando cada acción antes de realizarla. Del mismo modo frío decidió que su esposo tenía razón al aconsejarla que no debiera tener hijos hasta que el ritmo frenético de sus vidas se calmara.

Ahora ya no los tendría. No por la edad. A los treinta y ocho años podía ser madre perfectamente. No le apetecía tener un hijo con el hombre que la había decepcionado.

No aparentaba los años que ya tenía. Su rostro continuaba sin una arruga y el cuerpo tan estilizado como cuando era una adolescente. Únicamente sus ojos ya no eran los mismos. Habían perdido la ilusión, ese entusiasmo que vio reflejado en la mirada de la secretaria de su marido.

Ese ingrato no merecía su sufrimiento. Incluso pensó en la venganza, en dañarlo como él lo había hecho. Podría buscarse un amante, así el respetable señor Aguiló sentiría en su propia carne la humillación del engaño. ¿Qué diría entonces? Sobre todo si la alta sociedad se enterara, como seguramente ya lo estaba de su relación con esa zorra de Luisa.

Imaginó las burlas de todas esas grandes damas que la envidiaban. ¿Cómo había podido hacerle eso Ramón? Siempre confió en él y ahora se sentía incapaz de regresar a su antiguo modo de vida. No soportaría los cuchicheos y mofas. Ella tenía dignidad. Lo abandonaría. Pediría el divorcio.

Y después, ¿qué?, pensó. ¿Volver a comenzar? ¿Buscar un amor real? A sus años eso era una quimera. Los hombres que le correspondían solían enamorarse de jovencitas, no de mujeres que estaban a punto de alcanzar la cuarentena. Tal vez su madre tenía razón. Si la aventura de Ramón, era eso, una simple aventura, no debía precipitarse. Tenía dos semanas para recapacitar, para decidir lo que más le convenía.

—Es tarde, mamá. Buenas noches.

—Que descanses, hija.

El día amaneció radiante y Laura decidió darse un chapuzón en la piscina. Carlota y Alberto ya estaban allí.

—¿Está fría? — preguntó tumbándose en la hamaca.

Su sobrina dejó de nadar y se acercó al borde.

—¡Está ideal! ¡Caray, tía! Nadie diría que eres casi una anciana. ¿No es cierto, Alberto? —Bromeó al verla enfundada en un espectacular bikini.

—Muchas jovencitas no tienen su figura —dijo el muchacho guiñando un ojo. Su novia le lanzó agua y él se apartó riendo.

—¿Te gusta dibujar? —le preguntó Laura al ver el cuaderno sobre la mesita. Alberto lo cogió con rapidez.

—Mejor no. Soy bastante malo.

—No es cierto. Pinta de maravilla. ¿Viste el cuadro que preside la salita? Es de él —dijo Carlota mientras se alejaba hacia el otro extremo de la piscina.

Lauraladeó el rostro y lo miró sorprendida.

—¿Has pensado en dedicarte a ello?

Alberto hizo revolotear la mano con indiferencia.

—Es solamente un pasatiempo. Mi vida está encaminada hacia la medicina.

—¡Vamos, cobardes! El agua está buenísima —les gritó Carlota.

—Yo prefiero tomar el sol un rato —decidió Laura. El chico se lanzó al agua y se unió a su prometida.

Mientras estaban enfrascados jugando a la pelota Laura decidió mirar el cuaderno. Los dibujos eran realmente buenos, dignos de un gran artista. Alberto sabía plasmar en el papel el alma de la gente, con tal profundidad que quedó conmocionada cuando vio su rostro en la hoja.

—No debiste mirarlo —dijo Alberto con evidente enfado.

Laura carraspeó avergonzada y le entregó el cuaderno.

—No he podido evitarlo. Soy una gran amante del arte.

—Lo que pinto es vulgar —repuso él sentándose junto a ella.

—¿Así que me consideras vulgar? —dijo ella sonriendo.

Alberto enrojeció.

—Yo... No quise... Bueno...

—Tranquilo, no me ha molestado. Lo que sí me enoja es que niegues tu talento. ¿Es así realmente como me ves? — dijo Laura.

—Te dije que era malo — repuso él.

—Todo lo contrario. Has visto en mí lo que otros no aprecian.

Alberto la miró con audacia.

—¿Tú tristeza? — inquirió.

Laura desvió la mirada hacia Carlota que seguía nadando.

—¿Tristeza? No. Puede que un poco de hastío. La gente piensa que todo lo que me envuelve es maravilloso. Y lo es; sin embargo ya estoy cansada. Desearía tener una existencia más relajada. Formar una familia de verdad.

—Aún estás a tiempo — sugirió él.

—Sí. Supongo que sí — musitó ella sonriendo sin mucho entusiasmo.

Carlota abandonó el agua y se unió a ellos.

—Alberto, está tarde tenemos que ir a ver los planos la casa — dijo frotándose el cabello con la toalla.

—¿Una casa? — se interesó su tía.

—Para cuando nos casemos. Es el regalo de bodas de la abuela.

—¿No crees que es demasiado pronto? Si no estoy mal informada os casaréis dentro de dos años —se sorprendió Laura.

—Hay que tenerlo todo controlado, tía. Habrá que reformarla, decorarla, los muebles, la pintura. Todo eso. Ya sabes como son esas cosas. Además, las obras serán lentas. Los empleados están inmersos en ese nuevo complejo turístico y por muy nieta que sea de la dueña de la constructora no me darán privilegios. ¡Ya verás que hermosa es! Yo misma la he diseñado.

—Olvidé que querías estudiar arquitectura.

—Me he cambiado a diseño. Una profesión menos absorbente. Es mejor para una mujer casada. Ya sabes, el marido, los hijos, la casa. ¡Será la envidia de toda la ciudad! Con la clase que se merece nuestra familia. ¿Verdad, cariño?

—Sí — repuso Alberto sirviéndose un vaso de limonada.

Laura estaba estupefacta. No podía creer que su sobrina se hubiese unido al club de los elegidos con tanta naturalidad. Seguramente influencia de la gran

dama Soledad Alqueriza.

—Sigo opinando que os precipitáis, cielo. Las cosas no pueden surgir como uno desea y...

—Puede que nos veas jóvenes, pero tenemos las ideas claras. Nos casaremos en cuanto Alberto termine la carrera. No te preocupes por nada. Además, comparada contigo seré más mayor que tú cuando contraiga matrimonio. Ahora, si me disculpáis, iré a arreglarme antes de la comida. A las cuatro estamos citados con el arquitecto.

—Una chica con ideas sólidas. Es admirable —dijo Laura sin poder evitar un tono cargado de cinismo.

—Bueno, tú también te casaste joven y supongo que nadie te obligó a ello. ¿O sí?

—Actué en completa libertad. ¿Lo estás haciendo tú? — dijo ella mirándolo con seriedad.

—Es lo que he decidido. Sí — afirmó Alberto.

—Las determinaciones no siempre son consecuencia de nuestras aspiraciones. Espero que no te estés equivocando. No me gustaría ver a mi sobrina desgraciada.

Alberto se tensó.

—No sé porque dices algo así. Amo a Carlota.

—El amor no ayuda a una relación cuando alguien se siente frustrado.

—¿Lo dices por experiencia propia? ¿No me estarás diciendo que la famosa Laura Aguiló no está satisfecha con su vida, junto al gran magnate naviero?— inquirió él con sarcasmo.

—Sobre mi vida no tenemos nada que discutir. Lo que aquí estamos tratando es el futuro de Carlota. Y te repito que no quiero que sea infeliz. Ella merece un hombre que la ame realmente y que no la mortifique por no haber podido decidir con libertad. Opino que no eres el adecuado — repuso ella con enojo.

Alberto se levantó y le lanzó una mirada iracunda.

—¡Pero cómo te atreves a analizarme! Apenas nos hemos vistos unas horas. Desconoces como soy, como siento.

—Los años me han enseñado a observar el comportamiento de mis semejantes y sé que esa vida no es la que quieres.

—Pues, te equivocas — masculló él mientras se alejaba hacia la casa.

Laura sacudió la cabeza con tristeza. Sería inútil hablar con Carlota.

Nunca comprendería que ese chico no le convenía. Ella solo veía al muchacho educado, guapo y de su mismo nivel social. Y lo peor de todo era que se creía enamorada de Alberto. Pero no era cierto. Una mujer que realmente sintiese amor vería que lo estaba abocando a una tortura eterna, sabría apreciar en esos hermosos ojos azules la tristeza.

Laura salió temprano para dar una vuelta por la ciudad. Muchos de los comercios habían cambiado, pero se alegró al descubrir que la vieja heladería continuaba inamovible. El lugar le traía recuerdos gratos de su niñez, de la adolescencia cuando comenzó a soñar con el príncipe encantado que algún día la rescataría de ese lugar provinciano.

—¡Señorita Laura! — exclamó el dependiente al verla.

—Buenos días, señor Gómez. Veo que continúa al pie del negocio. Eso me satisface — dijo ella sentándose ante la barra.

—¡Cómo no! No sabría hacer otra cosa. Este local es mi vida. ¿Le pongo lo de siempre?

Laura sonrió divertida.

—Un café. Es demasiado temprano para un batido. Además, he de cuidar la línea.

—Otro para mí, Ricardo.

Laura miró a Alberto. Él apartó el rostro envuelto en un halo carmesí.

—Vamos, no seas chiquillo. La discusión no fue tan desagradable. Sencillamente un intercambio de opiniones distintas.

—Una opinión muy desfavorable para mí.

Ella sonrió.

—Pero no por ello dejaremos de tratarnos. ¿No te parece?

—Eso espero. Me disgustaría mucho —dijo él mirándola fijamente.

—Veo que eres madrugador.

—Suelo dormir mal. Secuelas de la universidad. Ya sabes, los exámenes. ¿A ti también te cuesta dormir?

—Últimamente más. Supongo que a medida que uno envejece el ritmo del cuerpo cambia — dijo ella removiendo la cucharilla.

—¡Qué manía con la vejez! Te dije anoche que eres una mujer hermosa. Puedo asegurarte que si dijese a mis amigos que estoy contigo, me envidiarían.

—El primitivo deseo del adolescente por experimentar con una mujer

madura, ¿no? — rió ella.

—Lo mismo ocurre con vosotras. Los mayorcitos son una dura competencia.

—La experiencia es una gran seductora. Aunque a veces suele ser aburrida — dijo Laura sorbiendo el café.

—¿Es aburrido tu marido? — se interesó él.

—¿Ramón? No. Es animado, pero con un toque de sensatez que me exaspera. A veces pienso que debería de tomarse la vida con más pasión, con más...

Calló. ¿Por qué diablos había dicho eso? Ella nunca comentaba sentimientos personales con desconocidos.

—Con más espontaneidad — sugirió Alberto.

—No sé. ¡En fin! ¿Qué haréis Carlota y tú?

Él alzó los hombros con indiferencia.

—Nada especial. Iremos a tomar algo con los amigos y después al cine.

—¿Y hablas de espontaneidad? ¡Por Dios! ¡Tienes veintiséis años!

—¿Qué hacías tú de joven? — le preguntó Alberto.

Laura clavó los ojos en la taza.

—Aprender el protocolo para las cenas importantes, organizar fiestas, viajar. Todo eso. En realidad nunca disfruté de la juventud como los demás. Tú que puedes, hazlo. ¿Por qué no la llevas a cenar a un lugar romántico, con velas? Hay un restaurante precioso en las afueras. Se llama El Jardín. Supongo que aún estará.

—Lo conozco. ¿Un poco serio, no?

—A las mujeres nos gusta de vez en cuando ir a un lugar elegante. Y en especial, el romanticismo. Nos hace sentir especiales. No lo olvides nunca o te traerá serios conflictos con tu esposa. ¿Qué tal la casa? ¿Bonita?

Alberto echó azúcar al café con lentitud.

—Supongo que sí. Lo cierto es que la encuentro demasiado grande y ostentosa. Preferiría algo más acogedor. Pero Carlota está empeñada en que la construyamos.

—¿Y tú opinión no cuenta?

—Ya sabes como son las mujeres en esos asuntos domésticos — dijo él riendo.

Un hombre de aspecto elegante se acercó a la pareja.

—¿Laura? ¡Cielos!

Ella alzó los ojos y dejó la banqueta para abrazarlo con efusión.

—¡Martín! ¿Cómo estás, viejo amigo?

—Los años no me han tratado nada bien. En cambio, tú estás espléndida.

—No me vengas con falsas modestias, que nunca las tuviste. Estás magnífico.

Él miró el reloj.

—Ahora tengo un poco de prisa. ¿Querrás cenar una noche conmigo para recordar viejos tiempos o estarás demasiado ocupada?

—No tengo absolutamente nada que hacer. Estaré encantada.

—Te llamaré. Que pases un buen día, y tú también, Alberto — dijo él despidiéndose.

—¿Así que no tienes nada que hacer? Esto hay que remediarlo. ¿Quieres ver mí estudio? — le propuso Alberto dejando unas monedas sobre el mostrador.

—Tal vez Carlota te espera — dudó ella.

—Mi estimada prometida está con su cita semanal con el modisto. Ya sabes como es. Odia repetir vestido en las fiestas. Así que, estoy libre hasta la hora de comer. ¿Vamos? — Insistió él bajándose del taburete.

—¿Por qué no? Quiero ver los cuadros — decidió Laura.

La buhardilla de la casa de los Muntaner, Alberto la había transformado en un verdadero estudio de pintor.

—¿Qué te parece?

—Es perfecto. Aquí hay mucha luz. Esto está realmente bien — respondió ella deteniéndose ante uno de los cuadros.

—¡Oh, nada de eso! Lo pinté hace cinco años y te aseguro que podría mejorarse — repuso él con gesto avergonzado.

Laura continuó mirando con interés.

—Lo dudo. Esa mirada es perfecta. Refleja todo el asombro que le produce el objeto o persona que se encuentra en el infinito. Muchos consagrados jamás lograrían plasmarla con tanta realidad.

Alberto carraspeó inquieto al ver como ella curioseaba los lienzos que se esparcían por la habitación.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. ¡Vaya! Carlota está increíble — dijo Laura viendo el retrato de su sobrina.

—¿De veras lo crees? Lo encuentro patético. Yo tenía otra idea, pero

Carlota no quiso que la retratara de otro modo. Aunque, lo hice. ¿Quieres verlo? — le propuso él.

Laura sonrió.

—Naturalmente.

El muchacho destapó el cuadro que permanecía en el caballete. El rostro de la muchacha surgía de las aguas esmeraldas del océano difuminado con las gotas, mientras su cuerpo joven se fundía con el mar.

—Es... ¡Es fantástico!— exclamó Laura realmente asombrada.

—No hace falta que exageres — le pidió él.

Ella lo miró con seriedad.

—Estoy dando una opinión sincera, Alberto. Y siento que no quieras dedicarte a esto.

—Ya pinto, ¿no?

—Ahora. Pero cuando tengas que ejercer por completo la medicina todo cambiará.

—Lo sé.

—¿Y no te afecta?

—El hospital de la familia me necesita. Y quiero ayudar a la gente. Eso es lo verdaderamente importante — dijo él cubriendo de nuevo el cuadro.

—El alma también necesita médicos — dijo ella.

—Yo no sería un buen sanador.

Laura echó una mirada a los lienzos y sacudió la cabeza.

—Me has decepcionado.

—¿Decepcionado? ¿Qué quieres decir? Te han gustado mis obras, ¿no? ¿O lo has dicho por pena? — inquirió él desconcertado.

—En absoluto. Repito que veo en ti a un gran artista. Y he llegado a pensar que al final decidirías luchar por lo que deseas. Me equivoqué. He de irme.

Alberto le sujetó el brazo.

—Tú te casaste con el más rico. ¿Era ese tu deseo o tu ambición?

—Da la casualidad que lo amaba. Lo hubiese hecho igual si hubiese estado arruinado.

Él sonrió con escepticismo.

—Permite que lo dude. Soledad jamás te habría permitido esa boda y por supuesto, no hubieses desobedecido. Estoy convencido de ello.

Laura lo miró con menosprecio.

—Al igual que yo de tú cobardía. Detestas ser médico, y sin embargo

continuas la carrera; porque papá lo manda. Y te casarás con Carlota por ser el mejor partido de la ciudad y la más adecuada para un futuro doctor de prestigio. ¿No es así, muchacho? Me das pena. Podrías ser un gran pintor y encontrar a la mujer que realmente te comprenda. Y lo que más me duele es que mi sobrina también será desgraciada, porque nadie le hará comprender que no eres lo que merece.

—Amo a tú sobrina.

—No lo dudo. Pero el amor no es suficiente para que un alma atormentada aporte felicidad.

—Observo que tú sabes mucho de eso —masculló el muchacho.

—Si no te importa, suéltame.

Alberto apartó la mano. Ella abandonó la buhardilla. Él bajó el rostro y apretó los dientes para que no lo viese llorar.

A Laura le era imposible conciliar el sueño. Ramón, a través de su secretaria, hecho que le revolvió el estómago, la llamó cada día mostrando un interés evidentemente falso. Incluso, el muy hipócrita, le había dicho que la echaba de menos.

Pero incluso esa rabia no lograba que tomara una determinación con su situación y tan solo le quedaban cinco días para decidirse antes de regresar a casa. Sin embargo, a pesar de no ser de naturaleza entrometida, no estaba dispuesta a que su sobrina se destrozara la vida. Así que, en cuanto regresó, decidió hablar con ella.

—¿No podías dormir? — le preguntó Carlota.

—Te estaba esperando.

—Supongo que querrás saber la sorpresa que me ha preparado Alberto. Me ha llevado a El Jardín y hemos bailado hasta ahora. ¡No es un cielo! — dijo ella con los ojos brillantes.

Laura, indecisa, se frotó las manos.

—Carlota, yo... Bueno me gustaría que conversáramos sobre la boda.

—Si vas a decir que no podrás asistir, me enfadaré muchísimo. ¿Vale? — dijo Carlota amenazándola con el dedo.

—No, cielo. Quiero hablar de tu felicidad. Creo que...

Carlota sacudió la cabeza bostezando.

—¿Y no puedes esperar a mañana? ¡Estoy rendida! Me gustaría darme un baño caliente. ¿De acuerdo?

Laura asintió. No merecía la pena destrozarle una noche tan dichosa.

—De acuerdo — decidió dándole un beso.

Laura salió al porche. Alberto estaba junto al roble con gesto pensativo. Desde su encuentro en la heladería no habían vuelto a hablar. El chico únicamente la miraba y no de un modo agradable. Decidió que ya era hora de aclarar las cosas.

—Bonita noche — dijo.

Él tiró el cigarrillo y lo pisoteó contundentemente.

—Pensé que los médicos aconsejaban no fumar.

—Según tú nunca seré un buen doctor.

—Jamás dije tal cosa. Simplemente pienso que tendrías mejor futuro siendo pintor. El trabajo se realiza mejor si uno lo hace con agrado.

—Trata de convencer a mi padre — masculló Alberto.

—Él debe de quererte y por tanto comprenderá. Deseará que su hijo sea feliz.

—Tengo que irme — dijo él sin mirarla.

—Asumo que te sientas molesto conmigo. Sin embargo, también debes entender que quiero lo mejor para Carlota.

—No quiero dañarla, de veras — dijo Alberto con tristeza.

—Lo harás si te casas. Rompe el compromiso antes de que sea demasiado tarde — le rogó ella.

—¿Me pides que destruya la vida de todos los que quiero? —inquirió él sacudiendo la cabeza con gesto angustiado.

—Carlota se dará cuenta con el tiempo que era lo mejor, y tus padres también. Alberto, tú no amas a Carlota o la liberarías de tu amargura — insistió Laura.

Los ojos del muchacho reflejaron un brillo febril.

—Tienes razón. Nunca la he querido con la pasión que una mujer merece. Y tú eres la culpable de ello — dijo con voz ronca acercándose a Laura.

—Será mejor que... te marches a casa — farfulló ella comprendiendo sus intenciones.

Alberto avanzó decidido y ella dio unos pasos hacia atrás, pero el roble le impidió seguir. Él alzó los brazos y le bloqueó la huida.

—¿Dé que tienes miedo?

—Creo que has bebido demasiado. Por favor, aparta — le pidió Laura apoyando las manos en el pecho del muchacho.

—Estoy muy sereno, Laura. Es más, diré incluso que me has convencido para que olvide ese enojoso asunto de la boda. Ahora lo único que deseo es besarte — dijo él acercando los labios a los suyos.

Laura intentó apartarlo, pero él la aprisionó con su cuerpo. Lentamente posó los labios sobre los de ella y comenzó a besarla con delicadeza.

—Desde que apareciste en mí vida ya no me importa Carlota. Es a ti quién deseo — dijo ronco.

Ella opuso resistencia. Alberto la besó con más ansia. Su lengua se abrió paso y la exploró sin pudor, sin importarle la negativa de la otra boca.

Laura estaba horrorizada. Nunca había esperado esa reacción en el muchacho, ni tampoco la debilidad que la estaba doblegando a corresponder a la boca inquisitiva.

—Tú también me deseas, ¿verdad? — jadeó él.

Sí. Laura se sentía tan sola y traicionada que no le hubiese importado que el chico continuase besándola, que la estrechara con fuerza y le hiciese el amor. Sin embargo, la cordura regresó y lo apartó con brusquedad.

—¡Cómo te has atrevido! — gritó dándole un bofetón.

Horrorizada por su actitud huyó hacia la casa. Entró en el salón visiblemente alterada. La confusión que reinaba en su interior le producía un dolor insoportable. No comprendía el motivo de su rendición, ni de porque de repente había decidido abandonar a su marido, al hombre que jamás la besó con ese ardor. Alberto había conseguido abrirle los ojos. Nunca había sido deseada de verdad. Y merecía experimentar lo que todo ser humano demanda junto al ser amado. Esa voz desesperada y ronca ninguna vez surgió de la boca de su esposo, ni tan siquiera en los momentos más íntimos.

Lo cierto era que, nunca estuvo con otro hombre que no fuese Ramón. Todo lo que sucedía en la cama lo aprendió de él. Y el paso del tiempo apenas modificó sus costumbres. Creyó que su marido carecía de pasión, al igual que ella. Eran dos personas serenas, calculadoras y metódicas. Ahora comprendía que él era todo lo contrario y que con toda seguridad, su ardor sería desmesurado junto a su secretaria. Para él siempre fue la esposa. La mujer a la que exhibir y en la cama cumplir tan solo con sus deberes maritales.

El timbre del teléfono la hizo respingar. Miró el reloj. Eran las dos de la madrugada. Levantó el auricular.

—¿Si?

La voz nerviosa de Luisa le comunicó que su marido había tenido un ataque de corazón y que debía acudir cuanto antes a Tokio.

Laura se dejó caer en el sofá.

—¿Qué pasa? — preguntó Soledad sujetándose la bata.

Laura miró a su madre y rompió a llorar.

—Es... Ramón. Ha sufrido un infarto.

—¡Dios Santo! ¿Está muy grave? — quiso saber Carlota bajando las escaleras.

—He de marchar cuanto antes — susurró enjuagándose las lágrimas.

—Es natural, hija. Le diré a Lola que te prepare el equipaje.

—No la molestes. Lo haré yo misma. Llama al aeropuerto y pregunta a que hora sale el primer avión hacia Tokio — dijo Laura recuperando la templanza.

—¡Oh, tía! Lo siento — dijo Carlota abrazándola. Laura se apartó y comenzó a subir la escalera, mientras pensaba que ninguna decisión que se tomara, si el destino no estaba de acuerdo con ella, éste se encargaba de modificarla. Como lo había hecho en esta ocasión impidiéndole que se divorciara de un hombre enfermo.

Tras la recuperación de Ramón, Laura continuó a su lado. Nada de lo decidido se había materializado. No tuvo valor para cambiar de vida. No hizo caso a los numerosos hombres que la cortejaron, ni tan siquiera por venganza, ya que su marido seguía enredado con su secretaria. Y poco a poco la resignación se apoderó de ella relegando al olvido la necesidad de buscar la pasión, el verdadero amor.

Una semana antes de que llegara su cumpleaños decidió escapar de esa desidia, de la frustración.

—¿Qué vas a París? Pero... ¡He preparado una gran fiesta para tú cuarenta aniversario! Vendrá mucha gente importante. No puedes irte ahora. No hay tiempo material para anularlo — se escandalizó Ramón.

—Me da igual — repuso ella llenando la maleta.

—No te dejaré ir — decidió él ajustándose el nudo de la corbata.

Laura alzó los ojos y lo miró con irritación.

—¿Por qué me echarás menos? ¡Por favor, no seas cínico! Luisa te consolará. Como siempre.

Ramón se tensó.

—Ella es simplemente mí secretaria.

—¿Acaso crees que soy estúpida? Lo sé desde hace dos años. Desde el viaje a San Francisco. Incluso pensé en pedir el divorcio. Da gracias al infarto y que al igual que tú me he acostumbrado a esta vida y me da pereza comenzar de nuevo.

—Ese asunto no es serio, Laura. Una simple aventura.

Él cerró la maleta impidiendo que continuara llenándola.

—Ahora tengo una cuestión muy importante que atender. Hablaremos de esto cuando regrese por la noche.

—¡Oh, naturalmente! Los negocios siempre han sido más importantes que tú esposa. Pero si ahora cruzas esa puerta, te aseguro que me marcharé — dijo ella con total seguridad.

—¡Maldita sea, Laura! ¿Pero qué te ocurre? Cualquiera mujer estaría encantada con todo lo que te doy. ¡Por Dios! No te falta de nada — exclamó él cerrando la puerta del armario con violencia.

—Te equivocas. Carezco de lo principal: De amor — dijo ella con tristeza.

Ramón se acercó a ella y le acarició la mejilla con condescendencia.

—Laura, sé que cumplir los cuarenta produce depresión, pero no debes preocuparte. Eres una mujer hermosa y...

Ella le apartó la mano un manotazo.

—¡No es ese el problema! ¡Oh, Señor! Eres incapaz de entenderlo. En realidad, nunca has comprendido. Jamás te has molestado en preguntarme cuales eran mis necesidades afectivas. Joyas y yates no bastan para hacer feliz a una mujer. Yo quiero pasión, delirio, que la locura invada esta monotonía.

—El amor apasionado pertenece a los jóvenes, Laura. Nuestro matrimonio está basado en la estabilidad, la confianza — dijo él poniéndose la americana.

—¿Confianza? ¡Cómo te atreves! Tienes una amante y a saber cuantas más. Si eso es respeto —repuso ella con sarcasmo.

—No voy a engañarte. Sí. Ha habido otras, pero ellas no son importantes. Tú eres mi mujer, algo bien distinto. A ti te respeto — confesó él encendiendo un cigarrillo sin mostrar la menor alteración.

Laura se echó a reír.

—Ese es el problema. Únicamente te inspiro respeto. Es patético, ¿no crees?

Ramón la miró con seriedad.

—Laura, cuando nos conocimos pudiste comprobar que esa pasión no formaba parte de mi personalidad. Que nunca fui un loco. Y me aceptaste tal como era. No digas ahora que te he decepcionado.

—Era una niña. No sabía nada de la vida ni del amor. Ahora sé que todo fue un espejismo. Nunca me has hecho el amor con intensidad, como supongo lo haces con tu amante.

Él hizo revolotear la mano quitando importancia a sus palabras.

—El sexo y el cariño son dos cosas muy distintas.

—Si me amaras de verdad no necesitarías a otras — le recriminó ella.

—Pero... ¿Qué tontería estás diciendo? Claro que te quiero, mujer. Por eso te respeto.

—He descubierto que no del modo que necesito.

Su marido apretó la boca.

—¿Tienes un amante? ¿Se trata de eso, no?

—¿Te importaría? — dijo ella mirándolo a los ojos.

—¡Naturalmente! ¿Lo tienes? — siseó.

Ella lanzó un suspiro.

—Cálmate. Tu querida esposa, como es tonta, te ha sido fiel todos los días de su vida. Ningún conocido podrá tacharte de cornudo. El honor del gran Aguiló esta a salvo, a diferencia del mío.

Ramón miró el reloj con impaciencia.

—Por favor, no te entretengas por mí. No merezco la pena —se lamentó Laura.

—¿Por qué dices eso? Eres muy importante para mí. Eres mi esposa.

—Cierto. Pero no la mujer que amas. En realidad, creo que nunca me has amado.

—Si que te amé. Te adoré desde el primer instante que te vi. Pero no puedes ser tan ingenua al creer que el amor es eterno. El tiempo lo va limando y del duro acero queda el alambre del cariño que es el que une a los matrimonios.

—Cariño... Ya...

Él soltó un largo suspiro.

—Está bien, Laura. Si crees que París puede devolverte la serenidad, ve. No me opongo. Sé que recapacitarás y todo volverá a la normalidad. ¿De acuerdo?

Ella asintió regresando junto a la maleta. Él la besó en la mejilla y salió de la habitación.

Laura estalló en un llanto amargo. Ni tan siquiera había hecho el esfuerzo por retenerla.

París en primavera estaba precioso. Las flores llenaban los parques y balcones. Las parejas de enamorados paseaban entrelazados por las orillas del Sena. Todo muy romántico.

Un halo de tristeza llenó sus ojos verdes al pensar que ella jamás había caminado de ese modo con Ramón. En realidad, no recordaba haber paseado con él por el simple hecho de disfrutar. Con su marido todo debía tener un fin, un sentido comercial o productivo. Al principio no supo apreciarlo. Con el paso de los meses comprendió que su esposo jamás sería ese príncipe azul que imaginó y que ella no se convertiría en una princesa adorada. Simplemente sería la esposa adecuada a la que pasear por la sociedad elitista. Un mero contrato comercial más de su exitoso marido. Y aún así, continuó a su lado, como la cobarde que era. Como la mujer que educa una madre elitista e intransigente. Jamás la habría aceptado divorciada y se vio incapaz de iniciar una nueva vida alejada de la comodidad de la que siempre gozó. Así que, se adaptó como un animal ante la terrible sequía. Aprendió de las más inteligentes y se convirtió en la mujer que todos esperaban. Sofisticada, con el sentido de humor justo y el físico adecuado para posar ante la prensa.

—¿Laura?

Ella ladeó el rostro.

—Alberto — musitó.

—Pareces sorprendida — rió él.

—La verdad, sí. No te ubicaba en París. ¿Algún congreso médico?

—¿Tengo aspecto de respetable doctor?

Al verlo enfundado en unos vaqueros y en una camiseta, bastante sencilla para un hombre con gran poder crematístico, reconoció que para nada.

—Deduzco que estás disfrutando de unos días libres.

—Soy ginecólogo, pero no ejerzo. El bofetón me hizo reaccionar.

Ella se ajustó el bolso azorada.

—No debes avergonzarte. Lo merecí. Me comporté como un verdadero

idiota. Que es lo que era.

—Y yo me sobrepasé. No tenía derecho a inmiscuirme en tu vida.

—Defendías a Carlota. Viste que no podría ser feliz a mí lado. ¿Tienes algo que hacer? ¡Qué pregunta tan absurda! Supongo que habrás venido a París con tu marido por negocios y estarás ocupadísima. Leí en el periódico que Ramón ha acordado un buen acuerdo con el gobierno francés.

—Yo... Bueno. En realidad, no. He venido sola.

—¿De veras? En ese caso, permite que te invite a un café y mientras me cuentas como va todo.

—La verdad es que...

—No te retendré mucho tiempo. Lo prometo —insistió él, sonriendo.

Laura no tuvo opción a negarse. La determinación de Alberto era indiscutible y su comportamiento denotaba una seguridad nada imaginable en ese muchacho que conoció dos años atrás. Por otro lado, le apetecía charlar con alguien ajeno a su círculo.

Entraron en un pequeño café repleto de gente bohemia que discutían con exaltación sobre las últimas tendencias artísticas. Alberto pidió dos cafés.

—Así que has decidido probar suerte en el mundo de la pintura. Me alegra.

—Mi estudio está en este edificio, en el tercer piso. No es una maravilla, pero luz no falta y eso me basta para pintar. Este es ahora mí mundo, Laura.

—¿Y cuál es tú estilo? — se interesó ella.

—Abstracto.

—¿De veras? Pensé que te encantaban los retratos.

—Únicamente utilizo esa técnica cuando alguien me fascina. ¿Querrás posar para mí? —dijo él mirándola con intensidad.

—No habrá tiempo. Dentro de pocos días regreso a casa — dijo ella azorada.

—Puedo hacer un esbozo y te lo envío. ¿Qué te parece? — insistió.

—Ya veremos. Y dime. ¿Has conseguido exponer?

—Dentro de dos días tengo una entrevista con monsieur Alain Dupont — dijo él alzando la mano pidiendo las bebidas.

—¿Dupont? Es amigo mío. Si quieres puedo echarte una mano — le sugirió ella.

Alberto negó con la cabeza.

—Quiero conseguirlo por mí mismo. No quiero regresar al pasado. Soy un

hombre independiente que toma sus propias decisiones. Erróneas o no.

—Comprendo. ¿Y qué opinan tus padres sobre esto?

Él sonrió apenado.

—Han dejado de hablarme y por supuesto, estoy desheredado. Así que, sobrevivo vendiendo pequeños cuadros junto al río. ¿Cómo está Carlota? Supongo que lo pasó muy mal.

—Al principio fue un verdadero drama. Puedes imaginar cualquier culebrón venezolano. No entendía como un hombre podía despreciarla siendo tan estupenda.

Alberto soltó una carcajada.

—Sí. Siempre admiré su amor propio.

—Pero cuando conoció a Fernando, su mal de amores se curó. En realidad, no necesitaba cura. Al igual que tú, solamente sufristeis un sentimiento de cariño. Nunca hubo amor.

Él aseveró.

—Tuviste razón al decirme que no nos amábamos. ¡En fin! Ya es pasado.

—Así es. Ahora ella es feliz. Dentro de poco tendrán un bebé. Será un niño. Están como locos. Un heredero para los Hidalgo.

—¡Me alegro! Serán muy dichosos. Lo sé — dijo él sonriendo.

—Tú también lo eres. Lo veo en tus ojos. La sombra de la tristeza ha desaparecido. Ahora están brillantes — dijo ella soplando sobre la taza.

Alberto clavó su mirada azul inquisitivamente en la de ella.

—No puedo decir lo mismo de ti. Ese hastío continúa embargándolos. Deberías tomarte la vida con más... ¿Espontaneidad, dijiste?

Ella se revolvió incómoda. No le gustaba ser escudriñada, ni que nadie hiciera comentarios sobre su estado de ánimo. En esas cuestiones era muy reservada.

—Dentro de dos días cumplo los cuarenta. Soy toda una señora y casada. La sensatez es lo más acorde.

—¡Tonterías! La pasión nos acompaña hasta el fin de nuestros días. ¡Y estamos en París! En la ciudad donde todo es posible. Me ocuparé que estos días te diviertas — exclamó él esbozando una gran sonrisa.

—No sé si podré — rechazó ella.

—No admito una negativa. Además, estoy convencido que con tú marido habrás acudido a los locales más selectos, a los mejores restaurantes. Yo quiero mostrarte el verdadero París; aquél donde la vida es apasionada, y los

problemas se olvidan.

—Nunca he dicho que tenga problemas.

Alberto volvió a estudiarla con descaro. Laura abrió el bolso y rebuscó en su interior para evitar esa mirada que tanto se asemejaba a la de aquella noche que la besó con ansia, provocando que el recuerdo la hiciera estremecerse.

—¿Estás segura? — musitó él.

—Lo siento. Se me ha hecho tarde y tengo una cita — dijo ella levantándose.

Alberto le cogió la mano.

—En una ocasión me aconsejaste. ¿Por qué no dejas que yo lo haga ahora?

—Repito que estoy perfectamente — repuso ella.

Él la soltó y lanzó un suspiro.

—De acuerdo. Pero antes de irte dime donde te hospedas.

Laura cerró el bolso. No estaba dispuesta a darle la dirección. No quería volver a verlo. Alberto lograba confundirla, arrancar del fondo más recóndito sensaciones que deseaba olvidar. Matar el recuerdo de ese beso que durante dos años la acompañó continuamente advirtiéndola de que su vida era un desastre. Sin embargo, su voz tomó la independencia y dijo:

—Estoy en el Ritz.

Él sonrió satisfecho.

—Te llamaré.

Laura salió del bar visiblemente enojada. No comprendía porque había cedido.

Los dos días siguientes Alberto no dejó de llamarla y ella de evitarlo. No quería encontrarse de nuevo con él. Deseaba pasar el día de su cumpleaños en soledad, lamentándose de que la madurez se aposentaba en su vida.

Pero no por ello dejó de vestirse con elegancia y se puso un espectacular traje de noche rojo que dejaba al descubierto parte de la espalda. Sin embargo, guardó en la caja fuerte el brazaletes de diamantes y perlas que su marido, junto a una nota y un enorme cesto de orquídeas le envió como regalo.

—Hay un caballero esperándola, señora Aguiló — le comunicó el botones señalando a Alberto que estaba apoyado en el quicio de la puerta del comedor.

Laura no tuvo más remedio que acercarse a él, pues la había visto. En menos de un segundo lo despediría.

—Eres una mujer realmente difícil de localizar. Así que he decidido venir a la montaña. ¡Dios! Estás preciosa, muy sexi. Me temo que no estoy acorde con tu elegancia. Pero no importa. ¿No es cierto? ¿Preparada para conocer el auténtico París? — le dijo él ofreciéndole el brazo.

La determinación dio paso a la torpeza.

—Yo... Había quedado con unos amigos. Lo siento.

Alberto chasqueó la lengua.

—El maître me ha dicho que cenabas sola.

—Me esperan a las doce.

—Tengo la sensación que quieres librarte de mí. ¿Acaso te doy miedo? — dijo él mirándola descarado.

—¡Qué estupidez! — exclamó ella.

—Entonces, no hay excusa posible. Larguémonos de aquí. Este lugar me saca de quicio — repuso él haciendo una mueca de asco al ver al inglés perfectamente ataviado con un smoking.

Ella sonrió.

—Mientes. A nadie le desagrada el Ritz.

Alberto bajó el rostro y susurró.

—Al hombre del pasado, no. Pero al bohemio sí. Anda. Vayamos a disfrutar de verdad.

—Ya te he dicho que me esperan a las doce.

—Prometo traerte antes, Cenicienta. ¿Vamos?

Laura cedió a su insistencia. ¿Qué podía perder? Nada. Por el contrario, conocer ese verdadero París del que tanto se hablaba en las novelas.

Abandonaron el hotel. Alberto se detuvo ante una motocicleta.

—¿No pretenderás que me suba ahí? —dijo ella horrorizada.

—Lo lamento, pero la economía no me permite muchos excesos. En realidad, ninguno. Y como esta noche invito yo... Por otro lado, es un método muy rápido para moverse por la ciudad. ¡Vamos! Te gustará. No hay nada mejor que sentir el aire sobre uno — dijo él ofreciéndole el casco.

—¡Ni hablar! Me he pasado dos horas en la peluquería.

—Una pérdida de tiempo y de dinero. Suéltate el cabello, mujer.

Laura parpadeó perpleja.

—¿Qué lo suelte? ¡Llevo más de quince años recogíandomelo en público! La etiqueta...

—Deja los convencionalismos para tus amigos. Conmigo no existen. Esta noche es diferente. ¿De acuerdo? Espontaneidad. ¿Recuerdas?

Ella dudó unos segundos. Abrió el bolso, alzó la mano y se quitó la primera horquilla. La dejó caer dentro del bolsito, haciendo lo mismo con las restantes. Sacudió la cabeza y el cabello rojo como una puesta de sol, cayó sobre la espalda.

—Opino que, a partir de ahora, no más moños —musitó el maravillado.

—Estoy hambrienta. ¿Nos vamos? —dijo Laura cogiendo el casco. Se lo puso y se acomodó tras él. Se sujetó con fuerza a su cintura sintiendo el poder de los músculos.

Alberto recorrió los lugares céntricos de la ciudad, alejándose de las zonas elitistas, hasta que se detuvo frente a un pequeño bar en la zona de Pigalle. Laura miró incómoda a las prostitutas.

—Por tu mirada compruebo que jamás pisaste estas calles de noche.

—No.

—Siempre hay una primera vez. Venga. Entremos. Aquí ofrecen el mejor espectáculo de la ciudad. Nada turístico. Cantantes desconocidos, pero de gran calidad — dijo él.

El local estaba abarrotado de jóvenes que coreaban la balada que la

muchacha de cabellos enmarañados entonaba con evidente desgana y sin apenas mover el cuerpo, con una mueca de tedio en el rostro, mientras unas cuantas parejas ocupaban la pista de baile.

—¿Esto es fantástico? — rió Laura señalándole a la lánguida cantante.

—Lo último de lo último. ¡Mira! Ahí hay una mesa — dijo Alberto arrastrándola con él.

Se sentaron junto a una pareja que no cesaba de besarse ajenos a lo que ocurría en su entorno. Laura apartó la vista azorada. En los lugares que ella frecuentaba no solían ocurrir esos excesos. Todos eran comedidos y jamás perdían la compostura. Los sentimientos íntimos se quedaban en casa.

Alberto miró a Laura. Estaba realmente preciosa. Una mujer por la que cualquier hombre podría perder la cabeza. Del mismo modo que él la perdió aquella noche que la besó bajo el roble. Un beso que nunca pudo borrar de la mente, ni a esa mujer que lo enloqueció. Desde entonces había ambicionado amarla, poseerla en su totalidad. Sin embargo, supuso que era una quimera. Ella no era de ese tipo de mujeres que se dejaba llevar por los arrebatos. Pero al igual que cambió su vida, se propuso conseguirla ahora que la había encontrado de nuevo. No importaba que lo viese como a un chiquillo, ni que estuviese casada con un hombre millonario y muy poderoso. Le demostraría que era el hombre que en verdad necesitaba. El hombre que la amaría el resto de sus días.

—¿Te gusta? — le preguntó.

—Es diferente. Sí — dijo ella siguiendo el ritmo de la canción.

—Aún no te he felicitado por tú cumpleaños.

—No importa. A ninguna mujer le gusta que los años pasen y menos cuando se envejece — dijo ella sonriendo con tristeza.

—Estoy harto que siempre digas que eres una anciana decrepita. Eres joven y hermosa. ¿De acuerdo?

—Y te recuerdo que también una mujer hambrienta.

Él alzó la mano. El camarero tomó nota y trajo la especialidad de la casa. Sopa de cebolla, queso y vino tinto.

—Esta noche no esperaba este menú —dijo ella probando la sopa.

—¿Tan simple? —inquirió Alberto.

Laura sonrió.

—Sencillo y delicioso. ¡Um! La mejor sopa que he probado.

Él la observó comer. Estaba disfrutando de los sabores con sumo placer y

se preguntó si en el sexo también sería tan efusiva. El mero pensamiento de tenerla en su cama, lo alteró brutalmente. Se sirvió agua y la apuró.

—¿No te ha gustado el vino? No es el mejor, pero se puede beber.

—Y también subirse a la cabeza en un segundo. Tengo que llevar la moto. Anda. Vamos a bailar — le propuso tirando de ella.

—No... No se me da bien el baile — se excusó Laura.

—Mientes. Te he visto en infinidad de revistas danzando en las pistas de baile y los salones. Venga.

La llevó hasta la pista y la abrazó. Sus cuerpos se movieron lentamente y ella reprimió un estremecimiento cuando los labios de Alberto se acercaron peligrosamente a su cuello, al sentir el poder de su cuerpo pegado al suyo, reconociendo que ya no había ningún chiquillo en Alberto, que su actitud era la de un hombre adulto, desenvuelto y peligroso. Realmente peligroso para una mujer en su situación depresiva. Sería una presa fácil. Y no quería caer en la misma traición que su marido. Ella era decente y fiel a las promesas que hizo ante el altar.

—Los zapatos me están matando. Además, mis amigos me esperan. ¿Recuerdas? — dijo apartándose.

—¿Seguro que deseas ir con ellos? — musitó él taladrándola con sus maravillosos ojos azules.

—Seguro — respondió ella regresando a la mesa.

Alberto pagó la cuenta. Ella cogió la cartera y abandonaron el lugar.

—¿Adónde te llevo? — le preguntó Alberto ante la motocicleta.

—No te molestes. Iré en taxi.

—Aún no he olvidado mis modales exquisitos. Una dama nunca debe ir sola en la noche, sobretodo en una ciudad fascinante, pero peligrosa. ¿Adónde? — insistió él.

—Al Ritz, por supuesto.

Durante el trayecto no hablaron. Los dos iban sumergidos en las emociones que sentían.

—¡Mierda! — exclamó Alberto cuando la moto se balanceó peligrosamente al estallar una rueda. Con pericia logró dominarla y se detuvo junto al Sena —. ¿Estás bien?

Laura asintió con el rostro pálido.

—Lo siento. Esto no entraba en los planes — dijo él, aliviado.

—No te preocupes. Una aventura más.

—Y no ha acabado. A estas horas es difícil que un taxi pase por aquí. Tendremos que ir andando. Y estamos bastante lejos. Claro que, mi estudio queda a dos manzanas...

—¿Es un intento de seducción? Nunca pensé que fuera uno de esos tipos — lo interrumpió ella mirándolo con disgusto.

Alberto sacudió la cabeza con gesto ofendido.

—Como puedes ver la rueda está completamente reventada. Si te he ofrecido ir al apartamento es porque me gustaría pintarte, sería mi regalo de cumpleaños. Y para que veas que tengo buenas intenciones, como no tengo teléfono, ahí hay una cabina para que llames a un taxi y te reúnas con tus amigos.

Laura se mantuvo unos segundos pensativa. Lo cierto era que no había quedado con nadie y no le apetecía regresar a su solitaria habitación. Era una mujer adulta y responsable. ¿Qué peligro podía haber? Ninguno.

—Está bien. Pero simplemente para un esbozo. ¿De acuerdo? — decidió.

El estudio de Alberto era el típico de cualquier pintor bohemio de la ciudad. El desorden reinaba dando al lugar un aire de libertad.

—Siéntate ahí — le pidió él tomando una cuartilla.

—¿He de colocarme de algún modo especial? — sugirió ella acomodándose en el diván.

—No. Claro que, sería mejor que dejaras ese gesto tan circunspecto. Tan tenso. No voy a efectuarte ningún examen — repuso él.

Ella se echó a reír.

—Mucho mejor — dijo él comenzando a dibujar.

Durante un buen rato no hablaron. Alberto se tomaba el trabajo con gran rigor y su rostro reflejaba, junto a los ojos una atención realmente profesional. En ninguna ocasión reflejaron ese brillo enfermizo que la alteraron dos años atrás.

—Admiro a las modelos. ¡Estoy agotada de estar impertérrita! — se quejó Laura haciendo oscilar el cuello.

—Descansemos. Espero que te satisfaga el regalo — decidió él dejando el dibujo sobre la mesita.

—No te preocupes por ello. Esta noche ha sido un verdadero obsequio. Hacía mucho tiempo que no me divertía. Gracias.

—¿Solo te he divertido? — inquirió él levantándose, volviendo a mirarla con esa intensidad que la turbaba.

—Alberto. Eres un muchacho encantador y tú compañía me complace. Pero nada más. ¿Entiendes? —dijo ella tensándose.

—La excusa del chiquillo no cuela, Laura. Dejé de ser ese imbécil que dudaba ante todo y que sentía terror a tomar la mayor decisión de su vida. En estos momentos sé muy bien lo que deseo, y es a ti.

—Soy doce años mayor que tú. Ten un poco de sentido común.

—¿Es la diferencia de edad lo que te preocupa? Pues, a mí no.

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—Alberto, quiero que me escuches con atención. Tus sentimientos no son correspondidos por los míos. Solamente te considero un amigo y así será siempre. Es una pena que te hayas tomado tantas molestias en traerme aquí.

Él sonrió con sarcasmo.

—Aún recuerdo el beso, Laura. Un beso que no rechazaste.

—Y yo recuerdo que te abofeteé — dijo ella enojada.

Alberto, en un arrebato se sentó junto a ella y la aprisionó entre sus brazos atrapando su boca, besándola con anhelo.

Laura intentó resistir. Pero un deseo incontrolado la obligó a devolver la caricia con desesperación, a pegarse a su cuerpo para mitigar el dolor exquisito que le estaba provocando.

—¿Lo ves? Me deseas. Quiero amarte, darte el mayor placer que jamás hayas sentido — le susurró él sin abandonar sus labios, volviendo a besarla, pero esta vez con delicadeza, recreándose en la caricia.

Sí. Anhelaba ser suya, deseaba a ese muchacho, como nunca antes había deseado a Ramón. El recordar a su marido la devolvió a la realidad y se apartó con brusquedad.

—No — gimió.

—¿Por qué té niegas la pasión? — se exasperó él.

—Soy una mujer casada y esto sería una simple aventura. Nunca he traicionado a mí esposo y jamás lo haré — jadeó ella.

Alberto la miró con enojo.

—Tú no amas a Ramón o no te estremecerías como lo has hecho entre mis brazos.

—¡Lo amo, sí! Pero me ha hecho mucho daño. Esto no es más que una venganza. No es deseo real. No lo es. Por ello no sería justo ni para ti ni para mí — exclamó ella echando a correr. Abrió la puerta y escapó de la tentación.

Cada vez que el teléfono sonaba el corazón de Laura se perturbaba. Parte de ella deseaba volver a ver a Alberto. Quería descubrir la verdadera pasión. Pero la sensatez, como una cruel carcelera, le impedía cumplir esa locura. Por ello no contestó a ninguna de las llamas y dio orden en recepción que le dijeran al chico que ya había abandonado París.

Pocos días después lo hizo.

Pero el destino, una vez más, se ocupó de que todos sus planes se desbarataran. Encontró a Alberto en la casa campestre de su amiga Marion.

—El nuevo descubrimiento de mi marido. Todo un talento y guapo. ¿No crees? — le dijo Marion sonriendo con gesto pícaro.

Alberto vio a Laura. Su rostro mostró desconcierto, para después entrecerrar los ojos con enfado encaminándose hacia las dos mujeres.

—Laura, te presento a Alberto Muntaner — dijo Marion.

—Nos conocemos — dijo él mirando a Laura.

—¿De veras? — inquirió la anfitriona con curiosidad.

—Era... Era el prometido de mi sobrina — tartamudeó Laura con evidente nerviosismo.

—Carlota, una muchacha encantadora. Íbamos a casarnos. Todo mí futuro ya estaba planeado. La carrera, la chica adecuada. Afortunadamente Laura me abrió los ojos. Nunca hubiese sido feliz. Gracias a ella pinto.

—Supongo que ahora lo eres. Y esa dicha crecerá cuando hagas tú primera exposición. Maurice se encargará de ello, ya verás. Ha quedado fascinado con tus creaciones — dijo Marion.

—Laura, mira. Has salido en la revista y tú también Alberto — le dijo Maurice.

Él casi se la arrebató.

—¡Cielos! Es cierto— inquirió Alberto boquiabierto.

Los periodistas los habían sorprendido en el local nocturno donde celebraron el cumpleaños de Laura. Las fotografías mostraban a la pareja

riendo en la mesa y después bailando entrelazados.

—Se nota que es la primera vez que sales en la prensa. Yo ya estoy harta de ello y no hay modo de evitarlo. Pero lo que más me molesta son las invenciones. ¡Es ridículo lo que insinúan! — dijo Laura con irritación al ver los titulares.

—¿Por qué? Una mujer hermosa, un joven atractivo...

—Marion, por favor. Deja de decir estupideces — se exasperó Laura tirando la revista sobre la mesita.

Alberto se recostó en el respaldo y la miró simulando estar ofendido.

—Disculpa, pero como has podido comprobar soy un tipo encantador. Incluso, si me lo propusiese, podría seducirte.

—Por supuesto — rió ella.

—¿Qué nos apostamos? — la retó Alberto mirándola con ardor.

—Absolutamente nada. No practico juegos tan vulgares con chiquillos; ni con nadie — repuso ella con gesto digno.

—¡Qué aburrida eres! — exclamó Marion con gesto de fastidio.

—Querida, Laura es una mujer sensata y amante de su marido. No como las francesas — le recordó Maurice.

—¿Estás insinuando que yo no? — protestó su mujer.

—Pierre nos está aguardando. La cena se enfría — dijo su marido tomándola de la cintura.

—¿Por qué mentiste, Laura? Si no querías verme bastaba con decirlo — le recriminó él cuando se quedaron solos.

—No es momento de discutir — dijo ella mirando a su alrededor con preocupación.

—En una ocasión dijiste que era un cobarde. ¿Quién lo es ahora?

—Simplemente soy juiciosa.

—Esa maldita sensatez te impide ser feliz.

—Para mí la felicidad no consiste en una mera aventura.

Alberto inhaló aire y sacudió la cabeza con disgusto.

—Te estoy ofreciendo amor.

Las palabras la conmocionaron y tuvo que apoyar la mano sobre la mesa. Sin embargo, se recompuso con rapidez y esbozó una sonrisa escéptica.

—El deseo sexual nada tiene que ver con los sentimientos. Claro que, tu juventud impide que puedas discernir con claridad.

—La edad nada tiene que ver con la madurez — replicó él.

—Perdona, pero nos esperan para cenar. Y siempre soy puntual.

Laura le dio la espalda y se adentró en el comedor.

Durante la cena él no dejó de clavar esas dos aguamarinas sobre ella, diciendo sin palabras el deseo que lo atenazaba.

Sumamente alterada, tras la cena, Laura decidió escapar y se refugió en el invernadero.

Mientras se recreaba en el rosal que había sobre la mesa resolvió irse al día siguiente a primera hora. Volvería a casa. Debía alejarse de Alberto, porque su entereza se estaba desmoronando poco a poco. Se sentía abandonada. Cualquiera podría seducirla para experimentar unos momentos de dedicación, de amor ficticio.

—Ninguna flor puede compararse con tu belleza.

Laura se volvió sobresaltada.

—¿Por qué huyes de mí?

Ella rió nerviosa.

—¡Oh, por favor! No seas tan arrogante. Sencillamente necesitaba un poco de silencio y soledad. Eso es todo.

Alberto avanzó decidido. Sus ojos brillaban peligrosamente.

—Mientes muy mal. Me has estado evadiendo desde hace tres días. ¿Qué te ocurre, Laura? ¿Por qué eludes algo que tarde o temprano ocurrirá?

—Estoy intentando evitarte un disgusto, muchacho. Pides un imposible. No me interesas. Te recuerdo una vez más que soy una mujer casada que ama a su marido. ¿Acaso no puedes comprenderlo? — dijo ella sin poder dar firmeza a sus palabras.

Alberto sacudió la cabeza.

—La que se niega a entender eres tú. Sé que te gusto mucho más de lo que desearías. Por eso me temes.

—En estos momentos te estás comportando como un crío y a mí no me agradan los niños — dijo ella con desprecio.

Él apretó la boca y avanzó hacia ella.

—No te atrevas —gimió ella comprendiendo sus intenciones.

Él no la escuchó. La tomó por la cintura y buscó la boca de la mujer abrazándola con fuerza. Sentir la humedad caliente de sus labios y el contacto de los senos femeninos lo exaltaron hasta el paroxismo. Nunca había sentido nada igual con otra. Laura era especial y su cuerpo, su alma morían por hacerle el amor.

Ella quiso rebelarse contra el creciente delirio que la estaba envolviendo. Sin embargo, la sensatez era incapaz de razonar con esa boca impaciente que la devoraba y se abrió a él. Devolvió cada uno de los besos con la misma intensidad desesperada, enredando los dedos en su cabello.

Alberto se separó de ella y la miró con ardor, acariciando su rostro con devoción. Ella se estremeció cuando la yema del dedo rozó el labio inferior.

—Te deseo, Laura. No sabes cuanto. Dime que tú también — musitó.

Sí. Se moría por apagar el ardor que la consumía. Un ardor que Ramón nunca provocó. Pero cometería el mayor error de su vida. No era una bestia salvaje. Poseía principios. Y sabía que si daba rienda suelta a sus anhelos, se arrepentiría el resto de sus días. Se liberó de su abrazo y lo miró con ira.

—¡No! Deseo a mí esposo.

—Si tanto os queréis, no entiendo que haces sola en Paris por tu cumpleaños.

—No es asunto tuyo. ¡Aparta!

—Esto es absurdo — protestó él.

Laura le dio la espalda y abandonó el invernadero. Era vital que huyese de ese deseo enfermizo que se había apoderado de ella.

La tormenta virulenta que se desató al día siguiente le impidió abandonar la casa. Solamente un suicida se hubiese atrevido a conducir por los caminos que se habían convertido en ríos.

Una vez más el destino se había confabulado.

La presencia de Alberto era una tentación continua. Los ojos azules del muchacho no dejaron en todo el día de invitarla a que cediera, a rogarle que dejase libres a sus apetitos.

—Parece que le gustas — le dijo Marion con una sonrisa pícaro.

—¡Qué tontería! Sí solo es un crío — exclamó Laura intentando mostrar serenidad.

—¿Y qué? Por si no te has mirado bien, aún eres una mujer apetecible. ¡Y a quién no le amarga un dulce! Deberías pensarlo. Alberto es un hombre realmente guapo y posee la vitalidad de la juventud. Te proporcionaría momentos gloriosos, llenos de potencia. Ya me entiendes. No se conformaría con un polvo. Se ve que es de esos que te echan tres en una noche como el que no quiere la cosa. Y en las fotos se ve con claridad que hacéis buena pareja.

—Por favor, Marion. No me seas tan vulgar.

—Realista, querida. Mira. Soy tu amiga y quiero verte dichosa. Si estuviese en tu lugar, no lo pensaría. Me lanzaría de cabeza a su cama y cometería tantos pecados que iría derecha al infierno.

—Sabes que soy una mujer prudente — se escandalizó Laura.

—Demasiado, querida. No te iría nada mal cometer una locura. Yo, de vez en cuando, me dejo llevar o el tedio acabaría conmigo.

—¿Has engañado a Maurice? — se asombró Laura.

Marion la miró impasible.

—¿Engañado? ¡No, por Dios! Han sido aventurillas sin importancia. He actuado como él. ¿O acaso crees que es un santo? ¿O que Ramón te es fiel?

Laura la miró con irritación.

—Soy tú amiga y deseo lo mejor para ti. No soporto ver que Ramón...

Bueno, ya me entiendes. Y que tú continúes consintiéndole tantos agravios.

—La vida la vivo como quiero y nadie, ni tan siquiera tú puedes inmiscuirte en ella — repuso Laura saliendo del comedor.

Alberto la siguió.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de mirarme de ese modo? Todo el mundo se ha dado cuenta de tus intenciones — le susurró ella.

Él sonrió divertido al ver su aprieto.

—Entonces, está bien claro lo que quiero, ¿no? Con ceder, todo estaría solucionado.

—¡Jamás! — exclamó ella.

Alberto inhaló aire y la miró con osadía.

—Soy hombre paciente, Laura. Esperaré el tiempo que sea necesario. Hasta que comprendas que soy el hombre de tú vida.

—¡Arrogante! — masculló Laura.

—Solamente digo la verdad. Y te juro que antes de que abandones esta casa serás mía — le susurró acercándose a su cuello.

Ella se apartó con el rostro encendido.

—Mañana me voy. Regreso junto a mí esposo. No volveremos a vernos.

—Lo dudo. Según el parte meteorológico la tormenta aumentará y ningún coche podrá llegar hasta la finca. Estás atrapada. El destino nos está uniendo — dijo él lanzándole una mirada burlona.

—¿El destino? ¡Qué estupidez! — dijo ella subiendo la escalera.

Alberto la siguió

— ¿Adónde crees que vas?

—No seas tan suspicaz. Voy a acostarme. Eso es todo. A no ser que...

—Buenas noches —se despidió ella entrando en la habitación.

Se apoyó en la puerta con el corazón latiéndole acelerado. Alberto la ofuscaba, la obligaba a desenterrar la pasión que la consumía y no quería ceder. No. No era como Ramón. No quebrantaría la promesa hecha ante el altar. Solamente estaría con otro en cuanto su matrimonio terminase y aún carecía del valor necesario para dejar su desastrosa existencia.

Se dio una ducha y más relajada, se acercó a la puerta que daba al jardín. Miró la tormenta que caía con violencia y respingó sobresaltada al ver la figura de Alberto iluminada por el rayo en la terraza.

Instintivamente retrocedió. Él empujó la puerta y el viento la abrió de par en par.

—No — musitó Laura.

Alberto no atendió la súplica y entró en el cuarto.

—Estoy enfermo y sólo tú puedes aliviarme — dijo con voz enronquecida.

Laura quedó paralizada ante la figura casi gigantesca del muchacho. Su estómago se convulsionó ante el fuego que cruzó sus entrañas. Comprendió que ya no podía negar por más tiempo que lo deseaba. Y también que su marido no merecía su fidelidad.

Alberto, completamente empapado se pegó al cuerpo de la mujer. Buscó su boca y la devoró.

Ella intentó decirse que no estaba bien, que debía echarlo. Sin embargo, se sentía cansada de la soledad, de verse repudiada por el hombre que debía amarla. No merecía su lealtad. Había llegado la hora de ser generosa con ella misma. Y correspondió con ardor.

—Laura — jadeó él.

—Sé que no está bien. Sin embargo no puedo evitar que... —Envuelta en el rubor, se detuvo. De todos modos continuó hablando —. Desear que... No importa.

—Dime lo que quieres, Laura. Dímelo — le pidió él besándole el cuello.

—Yo... No se...

—Conmigo no debes fingir. Quiero sinceridad y osadía. Dímelo, cielo.

—Acaríciame. No dejes de hacerlo — susurró ella.

Alberto apartó los tirantes del camisón y dejó los senos al descubierto. Ella intentó cubrirse con las manos.

—No, cariño. No. Para mí son perfectos. Realmente apetecibles.

Cuando la boca se apoderó del pezón ella gimió enardecida. Con urgencia tiró de su cabello y lo instó a que no se detuviera. El leve cosquilleo de su lengua le provocó escalofríos deliciosos.

—No deberíamos...

—Ssh, deja de razonar y siente — musitó él besándola entre los senos. Introdujo una mano bajo el camisón y acarició el muslo ascendiendo hasta su intimidad. Con delicadeza apartó las braguitas y la tocó con suavidad sintiendo la humedad caliente, su tremendo estado de frenesí. El roce de sus dedos intensificó la dulce agonía que la atenazaba y su cuerpo tembló excitado. Él alzó el rostro y mordisqueó los labios temblorosos. Laura gimió dolorosamente.

—¿Por qué eres tan cruel? Me siento tan...

—¿Ardiente? No te avergüences, Laura. Me gusta sentir tu excitación, ser el causante — dijo ronco volviéndola a besar, sin dejar de incitar su intimidad, alcanzando un placer arrebatador ante la fogosidad de la mujer.

—Tócame, por favor — le pidió él guturalmente.

Ella acercó las manos hacia el pantalón. Con dedos trémulos lo liberó del cinturón y le bajó la cremallera. Posó la mano en su necesidad y sintió como aumentaba su fogosidad.

—Vas a volverme loco si no te detienes — gruñó.

Ella lanzó una risa profunda y continuó torturándolo. Laura no sentía ningún pudor ante sus actos lascivos. Alberto la había liberado y quería disfrutar de la unión con toda intensidad. Dejó de acariciarlo y lo obligó a besarla.

—Desde aquella noche que te besé junto al roble no sabes cuanto soñé con este momento, con sentir tú humedad y compartir tú calor — dijo él casi sin aliento.

—Me enloquece tu boca — jadeó ella ofreciéndole los pechos. Él tomó el seno en la calidez de su boca y succionó el pezón. Ella casi se trastornó.

—¿Qué más te enloquece, cariño? — musitó él acrecentando el movimiento de su mano, consiguiendo que ella gritara enardecida.

—Quiero sentir tu piel — musitó Laura desabrochando la camisa, casi arrancándosela. Sus labios recorrieron el torso y mordisquearon las tetillas.

Alberto gruñó complacido. Con gestos urgentes se liberó del pantalón quedando completamente desnudo. Ella lo miró con admiración, comprobando su potencia. Su cuerpo atlético de carnes prietas, musculosas.

—Quiero verte — jadeó él quitándole el camisón. Sus ojos azules recorrieron el cuerpo femenino. Con premura la alzó y la posó sobre la cama —. Eres muy hermosa. Muy hermosa...

Laura suspiró al sentir los labios sobre su vientre, acercándose peligrosamente a su intimidad. Intentó apartarlo.

—No.

—Deseo saborearte, cielo.

—Nunca he permitido que Ramón me... No es decente.

—¿Me deseas, Laura?

Ella sintió.

—¿Mucho?

—Más de lo razonable.

—Cariño. Nunca te lastimaría. Te amo. Olvida la razón y deja que el placer te lleve al paraíso. ¿Confías en mí?

—Confío.

—Te quiero por completo. No dejaré ni un rincón de tú cuerpo desatendido.

Respingó sorprendida cuando el aliento abrasador de su boca se posó entre sus muslos, al recibir las caricias húmedas. Alberto alzó las manos y masajeó sus pechos con delicadeza. No le mintió. El placer era tan sumamente exquisito que perdió casi la noción de donde se encontraba y se dejó llevar por las sensaciones de esa boca inquisitiva, recreándose en la tortura deliciosa que le estaba infligiendo olvidando toda represión.

—Eres tan dulce — musitó él.

Laura sintió que estaba al límite. Con gesto desesperado tiró de sus cabellos.

—¡Oh Alberto, te necesito tanto... Quiero sentirte. Ahora... Ahora — casi sollozó.

—¿Necesito... protección? —Jadeó él.

—No.

Él abandonó el beso íntimo y con lentitud, sin dejar de mirarla a los ojos entró en ella. La fuerza ardiente la llenó y se unió a sus movimientos con cadencia echando la cabeza hacia atrás, alzando las piernas para entrelazarlas a su espalda.

—No te detengas. Te lo suplico — clamó con el rostro encendido.

—Claro que no, cielo. Ya no podría — dijo él respirando con agitación.

Alberto acrecentó el ritmo de los embistes sumergido en un placer acuciante, acoplándose a la danza erótica de ella, recreándose en esos senos turgentes y hinchidos de placer, envuelto en esa cueva dulce y al mismo tiempo torturante.

Los amantes se movieron con urgencia esperando ansiosos el momento final, el estallido que los liberaría de aquel tormento delicioso.

Ella respiraba entrecortadamente envuelta en un placer hasta ahora inconcebible. Jamás imaginó que hacer el amor pudiese ser algo tan embriagador, ni tampoco que el momento de la liberación le llegase como un torrente desbocado obligándola a gritar.

Alberto la miró con ojos febriles, extasiado ante el placer que ella mostraba en su rostro encendido.

—Te amo, Laura — dijo convulsionándose, adentrándose aún más en ella, para estallar inmerso en un dolor exquisito.

Durante unos minutos permanecieron abrazados jadeantes y sudorosos, incrédulos aún ante lo que había acontecido.

Cuando se separaron, Laura le dio la espalda.

—¿Estás bien? — le preguntó él.

Ahora que todo había pasado sintió vergüenza de su desinhibición, de haber dicho todas aquellas cosas, pero sobre todo una gran culpabilidad. Por mucho que intentase olvidarlo, era una mujer casada y acaba de traicionar la confianza de su marido. El juramento sagrado que hizo ante el altar.

—Será mejor que regreses a tú cuarto — dijo clavando la mirada en la alianza que bordeaba su dedo.

—¿Te he molestado en algo? — inquirió él acariciándole la mejilla.

—No.

—¿Entonces? — insistió Alberto.

Laura lo miró con aflicción. Estaba a punto de llorar.

—Esto nunca debió ocurrir. Ha sido un gran error.

—¿Un error? ¡Por Dios, Laura! ¿Cómo puedes decir eso? Ha sido la mejor experiencia de mí vida. Nunca antes sentí algo igual con una mujer, porque jamás amé a ninguna. ¿Entiendes eso? — exclamó él tomando su rostro entre las manos.

—No te engañes. Lo que ha pasado entre nosotros es puro sexo. Nada más — repuso ella apartándose.

—Puede que sea muy joven, Laura. Sin embargo, no eres la primera mujer con la que me acostado. Han existido muchas otras y puedo asegurar que lo que tú has sentido no era tan solo carnal. Sé que me amas.

—No te esfuerces. Nunca más volverá a ocurrir — aseguró ella.

Alberto la miró con desesperación.

—Estás cometiendo la mayor equivocación de tú vida. ¿Lo sabes verdad? — repuso él abandonando la cama. Se vistió y con gesto triste desapareció en la tormenta.

Laura sollozó sin consuelo al reconocer que lo deseaba de un modo enfermizo. Que moría por las caricias de un muchacho de tan solo veintiocho años. De un chiquillo que le había proporcionado el primer orgasmo de su existencia.

Pero lo peor de todo era que se había enamorado de Alberto. Un amor que

nadie aceptaría. Y decidió olvidarlo, apartar al chico de su vida, aunque esa decisión la matara.

El parte meteorológico no se equivocó. El tiempo empeoró ostensiblemente y Laura continuó atrapada junto a Alberto.

—¡Qué fastidio! Tenía tantas actividades pensadas para divertirnos — exclamó Marion dejando caer la cortina con desidia.

—Yo lo estoy pasando realmente bien. Este fin de semana me ha reportado grandes emociones. ¿No es así, Laura? — le susurró Alberto que estaba sentado junto a ella.

Ella se removió incomoda.

—¿Os apetece jugar al póquer? — sugirió Maurice.

—Con franqueza, no mucho — dijo Laura.

—En ese caso, iremos a acostarnos un rato. Este tiempo lo atonta a uno. ¿Vienes, cariño? — dijo Maurice.

Marion se levantó y siguió a su marido.

—¿No os importará quedaros solos, verdad?

—En absoluto. Que descanséis mucho — rió Alberto guiñándole un ojo.

Laura, aterrorizada ante lo que podía ocurrir si volvían a encontrarse a solas, decidió escapar. No subió a la habitación. Eso sería realmente peligroso y se refugió en la cocina.

—¿Otra vez huyendo? — dijo Alberto que la había seguido.

—No me apetece tú compañía, eso es todo — repuso ella con tono áspero. Él la miró con osadía.

—Nadie lo diría por el modo en que aceptaste cada una de mis caricias, de mis besos, de mí...

—¡Cállate! — exclamó ella frotándose las manos.

—¿Acaso te excita recordar lo que hicimos? — musitó alargando el brazo para abrir el armario que se encontraba sobre ella.

Laura lo miró con ojos encendidos.

—Aparta — siseó.

—Quiero un vaso de agua, eso es todo — repuso él con ojos burlones.

Ella tembló al sentir el cuerpo del hombre pegado al suyo presintiendo un nuevo ataque. Alberto no hizo nada de lo esperado y se apartó. Llenó el vaso en el grifo y lo bebió de un trago.

—¿Lo ves? No mentía, Laura. Anoche dijiste que nunca más volverías a hacerme el amor. Aunque me disgusta tú decisión, la respeto. No soy un salvaje.

—¿Y la irrupción en mí cuarto que fue? ¿Una visita de cortesía? — dijo ella con cinismo.

Alberto dejó el vaso sobre el mármol y la miró con seriedad.

—No te obligué a nada.

Laura se aferró a la repisa con fuerza.

—¿Ah, no? Conseguiste que enloqueciera, que olvidara que soy una mujer casada.

—Con alguien a quien no amas — dijo él.

—¡Y qué! Eso no me da derecho a traicionar a mi marido — gritó ella, rompiendo a llorar al darse cuenta de lo que había afirmado.

Alberto la arropó entre sus brazos y le acarició el cabello.

—¿Por qué te torturas? Tienes derecho a ser feliz.

Ella se separó un poco y con brusquedad se enjugó las lágrimas.

—¿Y piensas que lo sería contigo? ¿Con un muchacho que pronto se cansaría de la madurita?

—Jamás dejaré de amarte — aseguró él.

Laura esbozó una sonrisa triste.

—Lo harás. En cuanto se cruce una muchacha bonita y llena de juventud. Todos termináis haciéndolo.

—Ninguna podrá arrancarte de mí corazón. Has calado muy hondo, Laura. Y sé que tú también me amas. ¿O acaso has olvidado lo que pasó anoche? Fue amor — susurró él posando los labios sobre la boca femenina.

Ella se retiró de su abrazo.

—¿Amor? Di más bien una apuesta. Ya que la ganaste, déjame en paz.

Alberto apretó los dientes y golpeó con el puño el mármol.

—Tengo principios, Laura. Jamás dañaré a nadie con una barbaridad así. Si te he acosado ha sido porque te quiero y porque tú también me deseabas.

—Los dos hemos obtenido lo que queríamos. Punto final —dijo ella con decisión.

—¿Por qué? — preguntó él con voz angustiada.

—¿Quieres que deje al marido perfecto para huir con un muchacho doce años menor y que fue el prometido de mi sobrina? ¡Estás loco! Mataría a mi madre y mi hermana dejaría de tratarme. ¿Te parece buen comienzo para una relación?

—Lo que comprendo es que estoy ante una cobarde que prefiere ser desdichada el resto de sus días. A pesar de ello no me resignaré a ser un desgraciado. No permitiré que destruyas lo que existe entre nosotros — protestó él.

Ella lo miró con afecto.

—Dentro de un tiempo me recordarás con ternura, como un amor de juventud.

—Por mucho que te alejes no podrás conseguir que deje de luchar por tú amor. Tarde o temprano volverás a mis brazos — sentenció él.

—Olvidame.

—Jamás — aseguró saliendo de la cocina.

Al día siguiente abandonó la casa de Marion. Era tan fuerte el ansia que sentía hacia Alberto que el miedo a ceder de nuevo la hizo huir.

Al llegar al hotel Ramón la estaba aguardando en la habitación. Ver a su marido tras todo lo que había ocurrido la conmocionó.

—¿Pareces sorprendida? — le dijo él besándola en la mejilla.

—Yo... Bueno. Siempre planificas tus viajes. ¿Qué haces en París?

—Negocios. Ya sabes. El asunto naviero. Y que quería ver a mi esposa — contestó abrazándola. Ella se apartó azorada al recordar los abrazos íntimos de Alberto.

—¿Cómo están los Saint—Julián?

—Bien. La única pega es su casa. Está demasiado lejos y vengo molida — dijo Laura quitándose los zapatos.

—Con un baño quedarás como nueva. El vicepresidente nos espera para cenar. Quiere conocerte. Por lo visto está fascinado contigo — dijo él.

—Tendrás que discúlpame. Ya te he dicho que estoy agotada.

Él dejó de sonreír y le lanzó una mirada de reproche.

—Es importante, Laura. Se trata de un negocio de gran envergadura y no quiero perderlo. Tú presencia ayudaría mucho a cerrar el trato.

—¿Aún no tienes suficiente, Ramón? —dijo ella sacando el neceser de la maleta.

—Nunca hay bastante dinero ni poder. En este mundo hay que estar bien provisto — repuso él alzando los hombros.

—¡Pues ya estoy harta de seguirte a este ritmo desenfrenado! Quiero vivir tranquila, formar una familia, tener hijos — gritó.

—Lo haremos, querida.

—¿Cuándo? ¿No comprendes que tengo cuarenta años? Pronto seré una vieja decrepita y no habré conseguido nada de esta vida — repuso ella con tristeza.

—¿Qué no has conseguido nada? Eres famosa, rica y admirada. Muchas

mujeres te envidian.

—Las estúpidas — gruñó ella.

Ramón sacudió la cabeza.

—Realmente veo que estás agotada. Pero te pido que no me dejes colgado, Laura. Aséate, descansa un poco y te reúnes con nosotros en el comedor privado.

Ella asintió con tristeza. Sería el precio a su traición.

—Si me esperas, me arreglo en unos minutos.

Tras el baño relajante y vestirse con suma elegancia, salió de la habitación colgada de su brazo.

—Es usted aún más bella al natural, señora Aguiló — le dijo el posible cliente de su marido besándole la mano.

—Y usted demasiado amable — repuso ella sonriendo forzada. No quería estar allí. Deseaba marcharse lejos de toda aquella maldita farsa. Pero continuó ejerciendo a la perfección el papel de amante esposa y mujer mundana, interesada por las finanzas, la bolsa.

—El vicepresidente ha quedado encantado. Me ha confirmado que mañana firmaremos el contrato —dijo complacido Ramón al llegar a la habitación.

—Te felicito — repuso ella sin entusiasmo.

—Le diré a Luisa que prepare los documentos.

—¿Ella está aquí? — musitó Laura con incredulidad.

—Es mi secretaria. Cumple con su trabajo. Por favor, cariño. Te dije que todo acabó.

Laura lo miró con ojos encendidos.

—Por supuesto.

—¿Por qué te empeñas en amargarte con imaginaciones absurdas? — se exasperó él.

—¡Por favor! Al menos sé decente y no mientas, Ramón.

—¿Quieres que hable con claridad? Lo haré. He intentado dejar a Luisa, pero no tengo voluntad. Lo lamento — confesó con gravedad.

Laura procuró mantenerse fría, sin embargo sus palabras la habían herido en lo más profundo.

—¿La amas?

Ramón la miró sombrío.

—No, por supuesto. Es a ti a quien quiero.

—Entonces, dime. ¿Qué te ofrece ella? — se indignó su esposa.

La respuesta de él fue contundente.

—Sencillamente sexo. Comprende. Ella me da... No sé. Contigo siempre ha sido algo plácido, poco excitante.

Laura se dejó caer sobre la cama descompuesta ante su sinceridad.

—¿Y qué... qué esperabas? Cuando me casé contigo era inexperta. Aprendí de ti. No sabía que necesitaras más — musitó — ella.

—Lo siento. No me atreví a arrancar la represión que te dominaba. Creí que te ofendería.

—Cuando alguien ama de verdad la pasión no puede oprimirse. Tú nunca me has amado — musitó Laura.

—¡Naturalmente! Y aún te quiero. Sigo a tú lado, ¿no? — protestó él acariciándole el cabello.

Ella le apartó la mano con rabia.

—No me toques. No lo soporto — siseó Laura.

Él respiró profundamente.

—Nunca vi en ti un gesto de negativa. ¿Por qué este cambio tan repentino?

—Soy una esposa engañada y por ello, sin ninguna obligación que cumplir — respondió ella con aspereza.

—Laura, nunca has sido apasionada, pero sé que no te acostabas conmigo por obligación marital. ¿Qué ha pasado? — insistió él con gesto hosco.

Laura se levantó y se enfrentó a él. Deseaba gritarle que otro hombre la había hecho gritar de placer, pero no lo hizo.

—Hay infinidad de razones. Una es que descubrí que jamás me quisiste y que yo me casé sin estar enamorada, pero la principal es saber que sigues con Luisa. Y si no la dejas, no volverás a tocarme.

Ramón apretó la boca con irritado.

—Soy tu marido y debes...

—Como he dicho antes ya no tengo deberes hacia ti — repuso ella con determinación.

Ramón hizo oscilar la cabeza denotando indolencia.

—En estas circunstancias, es evidente que nuestro matrimonio ha dejado de existir. De todos modos no pienso divorciarme. Sería contraproducente. Así que, te propongo que mantengamos las apariencias y que cada uno viva su vida, pero con discreción. No quiero verte en la prensa colgada del brazo de tus amantes — decidió él.

Laura no podía creer lo que estaba escuchando. Siempre creyó que se

había casado con el hombre más noble y ahora le estaba demostrando que la había mentado durante veinte años.

—No pienso vivir una mentira — se negó ella.

—Tú misma has admitido que nunca me amaste. Las cosas no variarán. ¿No crees? — respondió él.

Laura no contestó.

—No me esperes levantada, querida. Estaré muy ocupado esta noche — dijo Ramón.

Cuando la puerta se cerró Laura estalló en un llanto amargo. Estaba atrapada en un matrimonio ficticio del que no podía escapar. Ramón, como había dicho, jamás le concedería el divorcio.

Con gesto brusco se enjugó las lágrimas y se acercó a la ventana. Su marido salía del hotel en compañía de su amante sin el menor gesto de pesadumbre por el hundimiento de su matrimonio.

Cerró la ventana con violencia, mientras decidía que no mantendría una farsa. Esa misma noche abandonaría a su esposo. Con o sin divorcio.

Cuando dejó el hotel, Laura no supo a dónde ir. Estaba convencida que si acudía a alguno de sus amigos o se hospedara en la pensión más ínfima, al final Ramón daría con ella. Y no quería verlo en mucho tiempo. No hasta que tuviese las ideas bien claras.

Inconscientemente se encontró ante el estudio de Alberto. Insegura inició el ascenso por la escalera, para después golpear la puerta. Alberto también era una de sus dudas.

Él abrió. Tenía el cabello revuelto y sus ojos denotaban somnolencia.

—¿Laura? Lo siento, no esperaba visitas — se excusó ajustándose la toalla alrededor de la cintura.

—No sabía dónde ir — dijo ella.

—¿Ocurre algo?

—Lo siento. No quería molestarte —susurró Laura imaginando que estaba acompañado.

—Estoy solo. Pasa, por favor.

Entró y dejó caer el equipaje con gesto cansino.

—¿Qué ha pasado? — quiso saber él.

—He dejado a mi marido — sentenció.

Alberto sonrió satisfecho.

—No es lo que imaginas. Necesito estar un tiempo a solas. Poner orden en mí vida. ¿Puedes comprenderlo? — dijo ella. Le dio la espalda y se acercó a la ventana. París estaba en penumbras, como sus sentimientos.

—Sí. También necesité huir de todo lo conocido — dijo Alberto tras ella.

—Ramón está liado con su secretaria y me ha dicho que no piensa dejar la relación.

—Si yo fuese tú marido nunca podría preferir a otra. Ninguna mujer conseguiría ofrecirme nada mejor — aseguró él.

Laura apoyó la cabeza en el cristal y lanzó una risa gutural.

—Dijo que yo no le satisfacía en la cama. Y puede que sea verdad. Nunca

he sido excitante. Tal vez sea asexual.

—¿Bromeas? La otra noche comprobé que eres la mujer más sensual que he conocido. Reaccionaste con ardor a las caricias. Me volviste loco — dijo él rodeándola con los brazos.

—Puede deberse a que no has tenido muchas experiencias.

—Puedo asegurarte que no he sido un santo estos años. Y sé cuando una mujer es fría de verdad — dijo él mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—He dicho que necesito reflexionar —gimió ella.

—Y lo harás. Pero ahora estás muy tensa y sé como relajarte.

—¿Relajarme dices?

—El sexo es la mejor medicina que existe. ¿No es así, cariño?

Laura, al sentir los labios rozando la piel de su cuello, la lengua recorrer el hombro, la mano acariciándole el pecho, esbozó una pequeña sonrisa, que él, al encontrarse pagado a su espalda no vio. Aunque sí notó su estremecimiento.

—La sensualidad vive que cada poro de tú piel, preciosa.

—Y la desvergüenza en la tuya —musitó Laura cuando sus manos bajaron hasta el vientre, hasta introducirse en sus braguitas para perderse en su intimidad.

—Ya has sufrido demasiada cordura. Es hora de volar.

Ella cerró los ojos y se dejó embriagar por las caricias osadas de Alberto, respondiendo con arrebatos a todas ellas.

—¿Crees que una mujer fría se consumiría de esta manera? No, Laura. Tú eres una mujer muy sexual y ese imbécil no ha sabido complacerte. Pero yo te daré lo que deseas, cariño. Te mostraré todos los placeres que él no te enseñó — dijo él ronco sin dejar de torturarla.

Laura estaba enardecida. Los dedos urgentes la instaban a abandonarse al placer. Alzó el brazo y lo entrelazó en el cuello del muchacho.

—Quiero sentirte — jadeó.

—Aún no — musitó él continuando con sus caricias.

Laura se amoldó a su ritmo sin pudor, notando su masculinidad encendida contra sus nalgas, la humedad de la boca perdiéndose en su espalda. La descarga brutal la sorprendió envolviéndola y se liberó sin pudor, demostrando todo el placer que Alberto le había proporcionado.

Alberto la volvió hacia él. La besó profundamente apagando en su boca sus gemidos. Ella se aferró a su espalda y él la tumbó sobre la mesa.

—Voy a enloquecerte — le prometió en un susurro desprendiéndola de las braguitas.

Ella contuvo el aliento cuando las manos recorrieron con delicadeza los muslos acercándose a la zona de su placer. La acarició con sutileza y después los dedos se deslizaron dentro de ella iniciando una danza erótica. Introdujo el pezón en la boca y Laura se abandonó a la exquisitez, abriéndose para él, sintiendo de nuevo la excitación.

—Ves lo voluptuosa que eres, cariño. Tú marido ha sido un gilipollas manteniéndote en la ignorancia.

Laura soltó una leve carcajada.

—No te... contradeciré.

—¿En nada?

—Me tienes subyugada, pero aún no... he perdido la... razón.

—Tú lo has dicho: Aún.

La alzó por las nalgas, se quitó la toalla y la miró con ardor.

—Quiero que me hagas el amor, Laura — le pidió ronco.

Ella acarició el torso recreándose con admiración.

—Eres tan joven — musitó. Bajó el rostro y lamió las tetillas. Él respiró agitado al sentir los dedos enredándose en el pubis.

—Hay algo que no has hecho aún, cariño.

Las mejillas de ella se encendieron al comprender.

—No quiero obligarte a nada que no te apetezca.

—Pero yo deseo complacerte. Ven —dijo ella. Bajó de la mesa y tomándolo de la mano lo llevó hasta la cama. Él se sentó.

—Laura... — murmuró él cuando la humedad, la boca voraz se apoderó de su virilidad. Y gimió con desesperación, totalmente encendido.

—¿Lo hago bien?

—Perfecto, mi amor. Pero para o no respondo —musitó Alberto con ojos brillantes de pasión.

Laura se sentó sobre él y la penetró.

—¿Crees que mis pechos están caídos?

—Son perfectos, cielo. Duros y redondeados.

—Creo que tengo celulitis... incipiente...

—Te deseo con o sin ella. ¿O no notas lo duro que estoy?

Ella asintió meciéndose con más energía. Él jadeó acariciando el botón de su placer y ella cerró los ojos.

—Cariño, mírame — suplicó él.

Abrió los ojos. Alberto acercó el dedo a sus labios y ella lo mordisqueó. Sus ojos estaban turbios, sumidos en una delicia arrebatadora.

—Eso es, cielo. Así no te reprimas, preciosa. Haz lo que te plazca. Disfruta — gruñó Alberto exaltado por el deseo.

Ella arqueó la espalda para percibir aún con más fuerza la unión y creyó morir al sentir como la culminación se expandía por cada poro de su piel, al ver el rostro de Alberto contraído de placer al alcanzarla junto a ella.

Sudorosos y exhaustos permanecieron entrelazados inmersos en las sensaciones que acababan de recibir.

—¿Vas a huir de nuevo? —dijo él rompiendo el silencio.

—Necesito tiempo, Alberto. Descubrir si esto es amor o una simple pasión — musitó ella, apoyando la cabeza en su pecho.

Él besó los cabellos rojos con gesto sombrío.

—Desearía que nunca te marcharas, porque, a pesar de que sigas dudando, te amo, Laura.

Ella alzó el rostro. Sus ojos estaban húmedos.

—A tú lado me es imposible razonar. Me trastornas de tal modo... Tengo que pensar en mí futuro.

—Pues deja que lo haga una vez más antes de alejarte de mí vida — dijo Alberto atrapando su boca.

—¿Otra vez? Ramón no...—se sorprendió ella.

—Olvida a ese inepto traidor. Ahora estás con un hombre de verdad. Con un hombre que te desea con fiereza.

—Estoy ansiosa por comprobarlo.

—Y yo de ver como de nuevo tu rostro se transforma de un modo delicioso cuando te corres.

—Alberto, no seas vulgar —le pidió ella.

Él rió divertido.

—Querida, me temo que deberé aplicarme mucho para apartar la represión de años. No obstante, estaré encantado de realizar tan arduo trabajo.

—Pues, ya puedes comenzar —dijo ella buscando su boca.

Laura se refugió en un pequeño pueblo costero nada turístico, tan desconocido que nadie conseguiría dar con ella. Pero no obtuvo la tranquilidad esperada. Ramón, desconociendo su paradero, no cesaba de llamarla al móvil instándola a que regresara a su lado; más bien exigiéndole que cesara de hacer estupideces.

Aunque no fue tan solo su persistencia el motivo del desasosiego que la atenazaba. No podía olvidar a Alberto. Su rostro, sus manos, su boca, eran un constante tormento. Y ese sentimiento desconocido hasta ahora la aterrorizaba. Se negaba a admitir que lo amaba. Se repetía una y otra vez que únicamente era deseo. Un anhelo sexual; porque aún no había adquirido el valor suficiente para romper las normas. Pero lo que más la atormentaba era que Alberto no la hubiese llamado ni una sola vez.

Al oír el timbre del teléfono se tensó.

—¿Sí?

Era su hermana.

—Tienes que venir a casa cuanto antes.

—¿Qué pasa? — preguntó Laura con preocupación.

—¡Oh, no te asustes! Nada grave. Se trata de Carlota. ¡Ya soy abuela! Abuela de un niño precioso — le informó Julia con evidente alegría.

Laura esbozó una sonrisa cargada de tristeza.

—Enhorabuena, hermana.

—¿Vendrás? — insistió Julia.

—No sé... Estoy ocupada y...

—¡Tonterías! Carlota se enfadará mucho. Y no puedo creer que no desees conocer al niño. No admitimos una negativa. Coge el primer avión y ven a casa. Nos veremos — dijo Julia colgando.

Lo hizo. Era absurdo continuar escondiéndose. Tenía que reaccionar y tomar de una vez por todas las riendas de su vida.

Lo primero que hizo antes de ir a casa fue pasarse por el hospital para ver

al pequeño.

—¡Es precioso! — exclamó.

Carlota sonrió sollozando de emoción.

—Sí. Nada se puede comparar a la maternidad.

Laura contrajo el rostro en un rictus doloroso al comprender que ya nunca podría formar una verdadera familia.

—Será mejor que salgamos. Carlota y Alejandro deben descansar — dijo.

Entraron en el salón.

—¿Puedes contarme que ocurre? Te noto nerviosa — le preguntó su hermana.

Laura la miró desconcertada.

—No sé que quieres decir.

—Ramón nos llamó. Dice que pasas por una depresión o algo parecido.

¿Ya has ido al médico? Mira que estas cosas son muy serias si no se atajan a tiempo.

—Mi marido dice estupideces. Estoy perfectamente — gruñó Laura.

Julia la invitó a sentarse en el salón.

—¿Por eso te largaste de casa hace casi un mes? Querida, soy tú hermana. Te quiero y deseo lo mejor para ti. Deja que te ayude.

—Nadie puede ayudarme — repuso ella con tristeza.

Julia lanzó un suspiro.

—Estás sumida en el tedio. ¿Verdad? No pienso recriminarte nada. A todas nos ocurre tras tanto tiempo al lado del mismo hombre, conociendo cada reacción suya. De todos modos opino que tirar por la borda veinte años de matrimonio no es un juego. Tendrías que meditarlo muy seriamente.

—Lo he hecho.

Julia la miró con suspicacia.

—¿Te has enamorado de otro hombre? No me extrañaría, la verdad. Supongo que la vida mundana por la que te mueves propicia ese tipo de cosas. Hay infinidad de hombres muy excitantes.

—El verdadero problema es que Ramón me ha engañado continuamente. ¡Qué paradoja! Soy una de las mujeres más admiradas y Ramón prefiere a otras. Mí matrimonio ha fracasado — dijo Laura apesadumbrada.

Su hermana la miró incrédula.

—¿Estás segura? Ramón parece un hombre integro, leal. Me cuesta pensar que sea un adúltero.

—Su amante es Luisa Rodríguez, su secretaria y me ha confesado que no piensa dejarla; y que tampoco desea divorciarse. ¿Crees que conociendo como soy admitiré esa farsa? — se exasperó.

—Realmente es escandaloso. Sin embargo, podríais intentar arreglarlo. He conocido a matrimonios que han pasado estos problemas y han terminado queriéndose como nunca — sugirió Julia.

—No es posible. No nos amamos. Y creo que nunca nos quisimos. He decidido dejarlo. Con o sin divorcio — sentenció Laura.

Julia la abrazó con ternura.

—Sí esta es tú decisión, te apoyaré. Pero a mamá le va a dar un ataque. ¿Lo sabes, verdad? Veremos como sorteamos el temporal. Prepárate para lo peor — dijo sonriendo.

—Tendrá que aceptarlo. Le guste o no. Se trata de mí vida y quiero ser feliz. Julia...

—¡Mirad quien ha llegado! —exclamó Soledad, entrando acompañada por Ramón.

Laura lo miró con reproche y Julia carraspeó incómoda.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a conocer al nuevo miembro de la familia. Si no es porque llamó Soledad, no me entero del nacimiento — dijo él mirándola con censura.

—No quise molestarte. Siempre estás tan ocupado — repuso su esposa con ironía.

—Uno saca tiempo de donde sea para reunirse con los seres queridos — dijo él sonriendo con descaro.

—Julia, ven a la cocina. Necesito que me eches una mano — dijo Soledad llevándose a su hija.

Ramón dejó de sonreír.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos, querida. Es hora de que retomes tus obligaciones y dejes de jugar a la esposa ofendida.

—¿Qué deje de jugar? ¡Es inaudito! Descubro que mí marido me ha puesto los cuernos durante años y pretende que me lo tome con filosofía. Joder, Ramón. Tengo dignidad.

—Y por lo que observo, también ordinariez —le recriminó él.

—Tú no tienes derecho a decirme como debo comportarme. Perdiste ese derecho cuando dejaste de serme leal.

—¿Hay otro hombre, verdad? — preguntó él tenso.

—¿Y si lo hubiese? Quedó bien claro que no te importaría lo más mínimo, pues no me amas.

—Pues, te equivocas. ¡Eres mí mujer! — repuso Ramón con cólera.

Laura se levantó y se encaró a él.

—¿Eso lo dice el hombre fiel? ¡No me hagas reír! Lo único que te molestaría es saber que algo que te pertenece lo disfruta otro.

Ramón le lanzó una mirada suplicante.

—Desde que te has alejado he descubierto que te amo.

Ella sacudió la cabeza con indiferencia.

—Si fuese verdad, sería demasiado tarde.

—Laura, cariño...

—De repente me ha entrado un terrible dolor de cabeza. Disculpa — dijo Laura saliendo del salón.

—¡No permitiré que me abandones! — gritó él golpeando con rabia la pared.

—Por primera vez, perderás la partida. Nada me obligará a permanecer a tú lado.

—¿No te importa el escándalo?

—Lo único que me importa es mí felicidad. Y ésta, no está junto a ti.

Laura aquella noche no compartió habitación con su marido. Su madre, por supuesto, al descubrirlo se escandalizó.

—¿Te has vuelto loca? ¿Pero que te ocurre? — le recriminó.

—Supongo que en tú matrimonio también hubo una mala racha.

—Desde luego, pero jamás hice algo semejante — gimió Soledad horrorizada.

—Cálmate, mamá. Todo se arreglará.

—Eso espero — deseó su madre bajando la escalera.

Laura entró en el salón. Su hermana estaba ojeando el periódico.

—En París estuviste con Alberto ¿Cómo estaba? — le preguntó Julia.

Laura respingó sobresaltada.

—Os vimos en la revista.

—Sí. Coincidimos y salimos una noche para charlar. Se alegró de que Carlota fuera feliz — contestó inquieta.

—No se podía esperar otra cosa de él. Es un buen muchacho y parece que al fin ha conseguido lo que quería. Mañana expone en la ciudad.

—¿Si? — dijo Laura sin apenas voz.

Julia le entregó el periódico.

—Después del enorme éxito que tuvo en Paris, decidió que la segunda muestra fuese en su ciudad natal. Mira. Ahí está la noticia y su foto.

Laura miró a Alberto que sonreía feliz junto a sus padres.

—Veo que se han arreglado las cosas entre ellos.

—¡Naturalmente! ¿Quién no estaría orgulloso con un hijo tan talentoso? He de confesar que me enojo mucho que rompiese el compromiso con mí hija, pero ahora comprendo. Alberto necesitaba otra vida y Carlota nunca lo hubiese apoyado. Iremos todos a la exposición.

—No sé — respondió Laura sin apenas voz.

—Mira, salimos en los ecos de sociedad — la informó Julia enseñándole la fotografía de toda la familia reunida alrededor del pequeño Alejandro.

—Estoy harta de la prensa —remugó Laura.

—A mí aún me ilusiona salir. Hemos quedado bien. ¿Verdad? Sobre todo tú y Ramón. ¡Sois tan fotogénicos! Y da la sensación de que estáis unidos — dijo Julia mirándola con gesto apenado.

Laura miró la foto. Sí. Cualquiera ajeno a su intimidad opinaría que eran el matrimonio más dichoso de la tierra.

—Y volviendo a la exposición, claro que vendrás. Sería un gran desprecio para el chico si no lo hicieses. ¿Qué diría la prensa si la famosa Laura Aguiló no asiste? Podrían incluso decir que no es tan bueno como se opina.

—Ella sabe que soy bueno.

Laura respingó sobresaltada al reconocer su voz.

—¿Qué haces aquí? —casi chilló con el rostro encendido. Su presencia avivó los recuerdos nunca olvidados.

—Laura, no estés apurada. Lo que pasó ya está olvidado. Alberto es bien recibido en esta casa. Supongo que has venido a ver a Carlota y al bebé — dijo su hermana.

—Por supuesto, si ella quiere, claro — sugirió Alberto sonriendo.

—Aunque suene paradójico, siempre dice que al abandonarla le trajiste la felicidad. Querrá. Voy a comunicarle que estás aquí — dijo Julia dejándolos a solas.

—¿Cómo estás? — le preguntó Alberto mirándola con esos ojos azules que la trastornaban.

—Bien — susurró ella sin osar mirarlo.

—Me alegro que todo te vaya de maravilla. He podido comprobarlo en la prensa — dijo él con aspereza lanzándole el periódico.

—Es una foto de compromiso — musitó Laura.

Alberto rió escéptico.

—¿De verdad? Nadie lo diría. Se os ve tan unidos. Y yo que pensé que lo aborrecías después de lo que te hizo.

—Alberto, por favor, deja de comportarte como un estúpido — le pidió ella.

—¿Por qué? Junto a ti siempre he hecho el imbécil. ¡Hasta llegué a creerte cuando dijiste que lo abandonabas! Y ya ves. Otra vez juntos — replicó él visiblemente enfadado.

—Cuando nos separamos dije que necesitaba pensar y...

—Y has decidido aceptar las condiciones que tanto te asqueaban — la

interrumpió.

—Hablas sin conocimiento de causa —le recriminó ella.

Alberto hizo revolotear el brazo con gesto escéptico.

—Las pruebas son evidentes.

Ella se levantó. Su cara evidenciaba desagrado.

—Pensé que habías madurado.

—Y yo que por fin habías decidido liberarte de la opresión que te hace desgraciada. Es una pena, Laura. Has dejado escapar la felicidad — repuso él con aflicción.

—¿A tú lado? No me has llamado en todo este tiempo — se quejó ella.

Alberto la miró desconcertado. Laura parecía sentir verdadero pesar por su alejamiento.

—Dijiste que querías estar sola por un tiempo. No quise intervenir. Respeté tú decisión. Laura, yo...

Ramón entró en el salón.

—¡Vaya! Aquí está el hombre del día. Soy el marido de Laura — dijo ofreciéndole la mano.

—Yo... Si me disculpáis, iré... a la cocina — dijo Laura con nerviosismo.

Ramón la tomó del brazo.

—No te necesitan. Ya hay un ejército de mujeres.

El tono autoritario, casi déspota de Ramón descompuso a Alberto. Ese tipo era un ser despreciable y tuvo que contenerse para no arrearle un puñetazo.

—¿Nervioso? — dijo Ramón al ver su rostro contraído.

—Un poco. Siempre es embarazoso presentarse ante los que te han visto crecer — contestó Alberto olvidando el tono amigable.

—Sí, por supuesto. En especial si ya te habían planteado otra vida. Es una suerte que uno pueda hacer lo que realmente desea. Nosotros también somos afortunados. ¿No es así, cariño? — dijo Ramón rodeando la cintura de su esposa con el brazo.

Alberto se mordisqueó el labio mirando al hombre que, sin palabras, le estaba diciendo que esa mujer era suya y que nadie iba a arrebársela.

—Yo fui el privilegiado al conocer a Laura hace unos años. Nadie había logrado convencerme de que estaba cayendo en un error. Supongo que sin sus consejos ahora estaría en el hospital, casado y nada satisfecho. Por ello siempre ocupará un lugar privilegiado en mi corazón. Nunca podré olvidarla — dijo Alberto mirando a Ramón con acritud.

Julia entró y miró con desconcierto la irritación en los rostros de los dos hombres.

—Alberto. Me temo que hoy no podrás ver a Carlota. La pobre está rendida. ¡No sabes lo agotada que acaba una tras cuatro semanas casi sin pegar ojo! Y ahora que duerme, me duele despertarla. Pero la verás mañana, en la exposición. ¡Estoy emocionada! Tengo unas ganas enormes de ver tu obra. Todos, supongo.

—Desgraciadamente será imposible, Laura y yo debemos ir a Roma.

—No me habíais dicho nada. Es una lástima — se quejó Julia.

—Una pena. Sí. Debo irme — musitó Alberto mirando el rostro descompuesto de Laura.

—Te acompaño — se ofreció Julia.

En cuanto se quedaron solos, Laura se liberó del abrazo de Ramón y lo miró con ojos encendidos.

—Cómo te atreves a decidir por mí.

—Un marido debe preocuparse de su mujer si ésta está confusa. Y tú lo estás. Verás como todo vuelve a la normalidad en pocos días. En cuanto se te pase la depresión — dijo él con total calma.

Laura lanzó una risa nerviosa.

—¿Depresión? ¡Te has vuelto loco, Ramón! Estoy mejor que nunca. En este tiempo he aprendido que puedo ser feliz.

Él tomó aire con gesto paciente.

—Laura, no seas chiquilla. Tú ya eres feliz. Lo que ocurre es que sientes hastío. Pero todo cambiará. Dejaré a Luisa...

—Ya no me importa que estés con ella. ¿No lo entiendes? El futuro ya no lo concibo a tu lado — le interrumpió ella.

—¿Quieres seguir a tu amante?

—No tengo ningún amante.

Ramón apretó los dientes con fuerza. Sus ojos brillaron amenazadores.

—No puedes engañarme, Laura. ¿Crees que no me di cuenta cuando vi las fotografías de París? ¿De cómo os habéis mirado delante de mí? ¡Por Dios Santo! Liada con alguien que podría ser tu hijo.

—¡Oh, naturalmente! Tú puedes tener una querida de veinte años, pero una mujer está loca si actúa del mismo modo. Y no podría ser su madre. No es tan joven.

—Lógico. ¿Acaso esperas que él siga contigo cuando las arrugas, la

celulitis se apoderen de tú hermoso cuerpo? No, querida. Se largará con alguien que tenga lozanía — dijo él.

Laura cerró los ojos y sacudió la cabeza incrédula ante su crueldad.

—Sé que estoy dañándote, pero es necesario que aceptes la realidad. Es un chiquillo y solamente te proporcionará dolor. Vuelve conmigo. Yo jamás te dejaré.

—¿A costa de permitir que tengas amantes? ¡Prefiero estar sola! No, Ramón. Nuestro matrimonio se ha acabado. Te lo dije ayer.

Él golpeó la puerta con furia.

—No consentiré que...

—La niña que conociste ha muerto, Ramón. Sé tomar mis propias decisiones.

—¿Vas a arriesgar todo lo que tienes por un simple capricho?

—El dinero, el glamour no me importa.

Él se frotó el cabello con nerviosismo.

—La prensa, todos se burlarán de ti. ¿No lo entiendes? Creerán que te has ido con Alberto simplemente por que te proporciona sexo.

Laura inhaló aire y lo miró con desprecio. No era mujer vengativa, pero en aquella ocasión su marido merecía ser dañado como ella lo había sido cuando le confesó que Luisa era más pasional.

—Dirán la verdad. Alberto me ha descubierto un mundo lleno de sensaciones deliciosas. ¿Sabes, Ramón? Ya no soy tan mojigata. Y a él le ha encantado hacer el amor conmigo. Una vez y otra... He hecho cosas digamos tan... indecentes, que te pondrían los pelos de punta.

—Cállate — siseó su marido con el rostro encendido.

—¿Por qué? Tú me contaste las sensaciones que te proporciona Luisa e imagino que no será una santurróna como yo lo fui — dijo ella con mordacidad.

—Laura, deja de soñar. La familia no permitirá que cometas esa locura — dijo él.

—A partir de ahora haré lo que me apetezca. Nadie podrá impedirlo. Y si lo intentas, te aseguro que la prensa estará encantada de conocer los motivos que me han motivado para abandonarte y tú reputación se verá visiblemente mermada — sentenció ella.

El rostro de Ramón se tornó pálido.

—¿Qué ha pasado con tú sensatez?

—Si lo recuerdas, en una ocasión dije que quería emociones, pasión. He encontrado lo que necesitaba, eso es todo — dijo ella.

Ramón miró a Laura suplicante.

—Laura te pido perdón por todas las infidelidades y te ruego que vuelvas a casa.

—Sería una decisión errónea. Ya nada podría ser como antes — dijo con tristeza.

—Podemos intentarlo. No volveré a ver a Luisa — insistió él.

Laura negó con la cabeza.

—No temas. No habrá escándalo. Aceptaré tus condiciones para que me dejes libre.

—Me da igual el escándalo. No quiero el divorcio. Quiero que sigamos juntos.

—¿Aún no lo has comprendido, Ramón? Amas a Luisa.

Él esbozó una risa escéptica.

—¿Amor?

—Sí, Ramón. Admite de una vez tus sentimientos. Ninguna mujer, excepto ella, ha conseguido poner en peligro nuestro matrimonio. Al igual que tú descubrí en vuestras miradas que no se trataba de una simple aventura. Sé que no es precisamente el mejor momento de nuestras relaciones, pero no querría que fueses infeliz. Tienes que aprovechar lo que la vida te está ofreciendo y dejar de una maldita vez los convencionalismos — dijo Laura.

—¿Por qué ha tenido que ocurrir esto? Formábamos un buen equipo. ¿No?
— musitó Ramón desolado.

—Una alianza perfecta, pero sin amor. Ahora que los dos lo hemos encontrado, será mejor que disfrutemos de él. Dure lo que dure — dijo ella.

Ramón carraspeó avergonzado.

—Laura. Lamento profundamente todas esas crueldades que dije. Estaba ofendido y solté estupideces.

—Tenías razón. Es una locura amar a un muchacho tan joven. Con el tiempo acabaría dejándome por una chica llena de vitalidad — repuso Laura con tristeza.

—Acabas de decir que aproveche el amor, dure lo que dure. No te rindas y ve con él — dijo Ramón tomándola de las manos.

—No soy tan valiente como imaginas. Además. ¿Piensas realmente que Alberto me ama? Para él soy una simple aventura.

—Imagino que en estos momentos no soy el mejor de los consejeros, pero deberías averiguarlo o algún día te arrepentirás — opinó él.

—¿Y cómo puedo estar segura? Nunca me han amado.

—Yo te quise.

Laura lo miró con ternura.

—El único sentimiento que nos unió fue la amistad.

Ramón asintió.

—Deseo que ésta no termine por lo que ha pasado y por traicionar tú confianza. Laura, si alguna vez necesitas algo llámame. Siempre tendrás mi apoyo.

—Gracias. Eres un buen hombre, lamento que no funcionara.

—Yo también. Ahora debo irme. El avión sale en una hora — se despidió Ramón.

—Te deseo que seas feliz.

—Yo también a ti. No habrá problemas con el divorcio. Seré generoso.

—No es necesario.

—Te mereces que recompense tantos años de dedicación. Y no admito una negativa. ¿De acuerdo?

Ella lo besó dulcemente en la mejilla.

—Sabes que la prensa se cebará con nosotros. ¿No repercutirá en tus negocios?

—Los tiempos han cambiado, querida. Ahora la verdadera noticia es sacar a un matrimonio que lleve cuarenta años casados. ¡Ah! Y ve a la exposición. ¿De acuerdo? — dijo Ramón, guiñándole un ojo.

La sala estaba abarrotada. Nadie importante de la ciudad había faltado a la exposición, incluso los no interesados por el arte admiraban los lienzos asintiendo como si fueran grandes entendidos. Consecuencias de vivir en una pequeña ciudad de provincias. Cualquier evento era recibido como si se tratase del evento del año.

Laura apenas prestaba atención a los cuadros. Estaba demasiado nerviosa. Aún sentía miedo a enfrentarse a la gran verdad; en especial para descubrir que para Alberto había sido solamente un pasatiempo.

—Esto está muy bien — dijo Soledad Alqueriza deteniéndose ante el cuadro de la mujer sumergida del océano.

—¿Sabes quién es la modelo? Tú nieta predilecta — la informó Laura.

Soledad empalideció. De repente la pintura le pareció escandalosa. ¡Su nieta expuesta tal como vino al mundo!

—Ese muchacho es un descarado — gruñó apartándose con celeridad.

Laura rió divertida.

—No sé de qué te ríes — se quejó su madre.

—Los grandes clásicos han hecho desnudos, mamá.

—Pues, a mí me gusta. Es un honor que Carlota figure en la obra del que pronto será un clásico. ¿No es así, Roberto? — dijo Julia con gesto orgulloso.

—Nuestra hija está preciosa. Sí — confirmó su marido.

—Es una inmoralidad. Deberíais exigir que apartaran ese cuadro — le aconsejó Soledad.

—Soledad, no seas tan antigua — le dijo su yerno quitándole importancia.

Carlota se acercó a ellos.

—¿Esa soy yo? ¡Caramba! — se asombró Carlota.

—Muy distinto al cuadro inicial, ¿no? Este me gustó más — dijo Laura.

—¿Ya lo habías visto? — inquirió Soledad.

—Alberto me invitó a su estudio cuando estuve hace dos años.

Soledad la miró con reproche.

—Pues sí ya conocías el cuadro deberías haber evitado que lo expusiera, hija. Nuestros amigos pueden pensar que Carlota y él... Bueno ya me entendéis.

—Abuela, éramos novios y pretendíamos casarnos. Nadie se escandalizará. Además, me gusta. Ahora veo que él tenía razón al insistir que el retrato clásico era un error y qué continuar a su lado era absurdo. El mundo habría perdido un gran artista. Lo compraremos y será expuesto en el salón — repuso Carlota mirando el lienzo con satisfacción.

—Opino lo mismo — dijo su marido.

—¡Estáis todos locos! — exclamó Soledad perpleja.

—¡Ahí está Alberto! — exclamó Julia señalando hacia el fondo de la sala.

Laura lo vio charlar divertido con una joven y su rostro adquirió un rictus de tristeza. Reconoció que era una locura intentar iniciar una vida con él. No saldría bien. Eran muchos años los que les separaban. Años que habían aportado experiencias y actitudes que jamás podrían complementarse. Alberto no merecía estar al lado de alguien que se sintiese ridícula cada vez que los señalaran con el dedo. No podría soportar las burlas. Era mejor olvidarlo. Acabar lo que aún no había comenzado.

Alberto miró a Laura sorprendido y sonrió al comprender que no se había marchado con Ramón.

—Te felicito, muchacho — dijo Roberto extendiendo la mano.

—Gracias. Hola, Carlota. ¿Cómo estás? — dijo Alberto sonriendo con prudencia. Aún no estaba seguro de que ella lo hubiese perdonado.

Ella lo besó en la mejilla.

—¡Estupendamente! Tú también. Has cambiado mucho, para mejor, claro. Ahora eres un hombre de mundo. ¿Ya sabes que he sido madre? Espero que vayas a conocer a Alejandro. ¡Es un cielo!

—Ayer fui a visitarte, pero dormías. Así que, estuve charlando con Laura y Ramón. Por cierto, Laura. Tenía entendido que hoy salías hacia Roma. ¿Has decidido modificar los planes?

—Sí — contestó ella con aspereza.

—Me alegro. No hubiese soportado que no estuvieses a mí lado esta noche — dijo Alberto mirándola con intención.

Ella lanzó una risa nerviosa.

—¡Por favor, no seas tan dramático! No soy ningún crítico adverso. Lo que pueda pensar de tú obra no interesa a nadie.

—Tía, no seas tan modesta. Eres una mujer influyente y una palabra tuya en su contra y Alberto estaría hundido — protestó Carlota.

—Pues os pido que nadie se entere de que Laura no ha querido posar para mí. Se negó con la excusa de que estaba demasiado ocupada y que Ramón la requería constantemente. Afortunadamente, supongo, que por esta noche ella se ha decantado a mí favor — dijo Alberto. Su tono era ácido, exento de amabilidad. No soportaba tenerla presente sabiendo que lo había rechazado por la vida fácil que le aportaba su esposo.

—Laura es una mujer sensata. Ramón la hubiese matado si la retratas como a Carlota. He de recriminarte lo que has hecho, muchacho. No me parece decente que mi nieta esté expuesta tal como vino al mundo ante extraños — dijo Soledad lanzándole una mirada de censura.

—No le hagas caso. Me ha encantado el retrato — dijo Carlota sonriendo con satisfacción.

—A tú tía también le gusto. Bueno, lo cierto es que cuando estuvo en mi estudio quedó entusiasmada con todo lo que le enseñé. ¿No es así, Laura? — dijo Alberto mirándola con fijeza.

Ella no pudo evitar ruborizarse al comprender el doble significado de sus palabras.

—Exageras. Nada en la vida ni lo que uno hace es perfecto. Siempre... existen obstáculos que... que nos impiden alcanzar la perfección — farfulló incómoda.

—Es cuestión de intentar vencerlos. Claro que, no todos tienen valentía. Yo intento enfrentarme. Lucho hasta el final por conseguir una buena obra. Lo que ya no está en mis manos es que la aprueben. Como acaba de hacer Soledad. Para ella el retrato de Carlota es escandaloso, casi indecente para el ambiente en que se mueve. Pero es lo que hago, lo que soy. Un joven pintor audaz y que no cambiará por el miedo a las críticas.

Soledad carraspeó incómoda.

—Sincero eres.

—La hipocresía la aparté hace mucho tiempo. No es conveniente vivir oprimido o acaba uno siendo un desgraciado — replicó él sin dejar de mirar a Laura con gesto hosco.

—¡Por Dios! ¿Por qué nos hemos puesto tan trascendentes? ¡Esto es una fiesta! — exclamó Julia viendo la tensión que había entre su hermana y Alberto.

—Tienes razón. Estos asuntos deben analizarse en un lugar más privado. Vayamos a tomar unas copas — dijo Alberto sonriendo al fin.

—¡Buena idea! — dijo Roberto.

—Si nos disculpáis, iremos enseguida. Acabo de ver a una vieja amiga de Laura y supongo que deseará hablar un rato con ella —dijo Julia tirando de su hermana hacia el rincón más alejado de la galería.

—Pero... — protestó Laura.

—¿Quieres explicarme qué pasa? — le preguntó Julia con gran seriedad.

—¿Explicar qué? — inquirió Laura sin comprender.

Julia lanzó un largo suspiro.

—Puede que siempre os haya parecido un poco simple, pero nada más lejos de la realidad. Tengo ojos y sé lo que veo. Y no vuelvas a decir que no comprendes. Sabes perfectamente a que me refiero y que tampoco me equivocaré si digo que estoy convencida que entre ese muchacho y tú ha pasado algo. ¿No es así?

Laura empalideció. Sus ojos esmeraldas brillaron peligrosamente.

—¡Dios Santo! ¿Acaso has enloquecido? — jadeó Julia horrorizada.

—No pude evitarlo. Y de veras que lo intenté, Julia. No sé... No sé que me pasó. Me sentía tan sola, tan engañada, que perdí la razón. Pero no te preocupes. Todo ha acabado — aseguró Laura conteniendo el llanto.

—Salgamos de aquí —sugirió su hermana encaminándose hacia la salida.

La llevó hasta la cafetería que estaba frente a la galería y ocuparon una mesa discreta.

Laura se dejó caer en la silla.

—¿Estás bien? — le preguntó Julia.

Ella negó con la cabeza y rompió a llorar con amargura.

—Laura, soy tú hermana. Por favor, confía en mí — le pidió Julia tomándole las manos.

Laura se secó el llanto y la miró con desesperación.

—Nadie podrá comprenderme. Ni tan siquiera tú.

—No soy tan vieja, querida. Vamos, desahógate — dijo Julia simulando un gesto ofendido.

—Ramón y yo estábamos ya muy mal. Decidí ir a París. Allí coincidí con Alberto. No sé. Él llegó como un soplo fresco en mí vida asfixiante. Alberto se insinuaba constantemente y me sentí adulada, pero lo suficientemente cuerda para comprender que aquello no tenía sentido. Que no me sentiría cómoda

manteniendo una aventura con él. Y decidí escapar. Pero lo encontraba una y otra vez...

—El destino — la interrumpió su hermana.

—Lo mismo pensé, y supongo que esa excusa sirvió para ceder. Julia, nunca había experimentado... Bueno...

—¿Sentido nada igual con Ramón en la cama? Es lógico, querida. Tenías un amante muy joven — dijo su hermana.

—Primero pensé que únicamente buscaba sexo, pero descubrí que me había enamorado de un muchacho de veintiocho años. De alguien que fue el prometido de mí sobrina. Y que por si fuera poco, yo fui la que lo convencí para que dejara a Carlota. Insistí una y otra vez diciéndole que no podrían ser felices — repuso Laura sonriendo con amargura.

—Carlota lo es. Pero me temo que Alberto está lleno de amargura. E imagino que es por tú causa — dijo Julia.

—Te equivocas. Su aflicción se debe a que no puede conseguir a la mujer de la que se ha encaprichado — dijo Laura.

—¿Estás segura? Deberías hablar con él y...

Laura la miró horrorizada.

—¿Pretendes que intente reanudar esa locura? ¿Qué nuestra familia sea el hazmerreír de la ciudad? ¿Qué diría Carlota y mamá?

—Mamá ya ha hecho su vida. Carlota está felizmente casada y yo no pongo objeción alguna. Quiero que seas feliz y si esa dicha la consigues al lado de un jovencito, adelante.

—No comprendes, Julia. Alberto se cansará algún día de la madurita y buscará a alguien joven, más afín a sus años. Y yo no quiero estar ahí cuando ocurra — dijo Laura con angustia.

—Si siente amor de verdad, nunca deseará a otra por muchas canas y arrugas que te salgan. Además, ahora tenemos la ayuda de la cirugía para mantenernos jóvenes.

—La situación no admite bromas —gruñó Laura.

—Ni tampoco deducciones precipitadas. Habla con él.

—¿Para qué? Sé que tarde o temprano me hará sufrir. Y ya no quiero.

—Eres una cobarde — se lamentó su hermana.

Laura bajó el rostro y asintió.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? — insistió Julia.

—Nada. Por favor, regresa a la exposición y discúlpame ante todos. He de

ir a casa y hacer el equipaje.

—Laura...

—No insistas. No volveré a ver a Alberto. Está decidido — aseguró
Laura.

Laura leyó una vez más en el periódico la noticia de su divorcio, los comentarios, las suposiciones. Por suerte, en unos días el asunto sería olvidado.

Ahora estaba realmente sola. Libre para hacer lo que le apeteciera. Sin embargo, no era feliz. Era incapaz de olvidar a Alberto. Y su constante imagen en la prensa, rodeado de críticos y modelos espectaculares, la enfermaba. Pero lo que más la hería era haber comprobado que el amor desesperado de Alberto había sido una mentira. Nunca llamó para descubrir su paradero.

El timbre de la puerta sonó y se levantó para recibir a Julia.

—¿Cómo estás? — le preguntó su hermana besándola en la mejilla.

Laura sonrió sin mucho entusiasmo.

—Bien. ¿Y mamá?

—¡Puedes imaginar! Le ha dado un patatús. No hace más que decir que os habéis vuelto locos y que nunca más podrá mirar a la cara a sus amigos. Hemos tenido que llamar al médico. Nada grave, por supuesto. Unos calmantes y listos. ¿Te ha llamado?

—Sí. Ha dicho que no volverá a dirigirme la palabra, que soy la vergüenza de la familia y que por mi culpa toda la ciudad cuchichea a su paso. Ya sabes como es — respondió ella con resignación.

—Se le pasará. En el fondo no es tan malvada — rió Julia.

—Pues, cuando se entere que Ramón se casa con su secretaria, la enterramos.

Su hermana parpadeó perpleja.

—¿En serio? ¡Vaya!

—¿Cómo está tú nieto? — le preguntó Laura sirviéndole una taza de café. Julia la miró con atención.

—Él perfectamente. Sin embargo, a ti te veo más delgada. ¿No estarás enferma?

—No tengo mucho apetito.

—¿Por culpa de Alberto?

—Él no tiene nada que ver. Divorciarse no es nada agradable, ¿sabes? Y eso que ha sido de mutuo acuerdo. Ramón ha sido muy generoso. Me ha donado una fortuna. No quiero ni pensar como debe ser cuando estalla una guerra de abogados —repuso Laura.

Su hermana dejó la tacita sobre la mesa y lanzó un suspiro.

—Por suerte no lo sé. Roberto y yo continuamos queriéndonos. Somos felices y deseamos que tú también lo seas. Laura, debes sobreponerte a lo que ha pasado e intentar buscar la felicidad. ¿O quieres acabar amargada como mamá?

—¡Por Dios Santo, Julia! Si Soledad Alqueriza es la mujer más satisfecha del mundo — exclamó Laura.

Su hermana la miró con gravedad.

—Querida, es hora de que despiertes. Nuestra madre nunca ha sido feliz. Ya nació predispuesta a negarse la dicha y papá acabó por buscarla en otro lugar.

Laura la miró estupefacta.

—¿Papá la engañaba?

—Mucho peor. Amó a otra mujer hasta que murió. Pero nunca decidió divorciarse. Mantuvieron un matrimonio ficticio, aparentemente feliz. Porque nuestra madre lo amenazó diciéndole que nunca más volvería a vernos y acabaron odiándose.

Laura se dejó caer en el sofá desolada y su hermana la obligó a mirarla.

—Siento haberte contado el gran secreto familiar, pero era necesario. Me duele ver como sufres. Y te pido que no seas estúpida y que llames a Alberto. ¡Lo amas, por Dios!

Laura contrajo el rostro con un gesto de sufrimiento.

—Él no. Desde la exposición no he vuelto a tener noticias tuyas.

—Tal vez fue porque le diste a entender que no querías regresar a su lado — sugirió Julia.

—¡Despierta de una vez, Julia! Mira en la prensa. No parece nada afligido. Está constantemente rodeado de mujeres hermosas. Y sobre todo jóvenes. Alberto se ha convertido en un casanova — exclamó Laura lanzándole una revista.

Su hermana miró la fotografía. Alberto sonreía con satisfacción mientras entrelazaba a una muchachita realmente hermosa.

—Eso no significa que sea feliz. Las apariencias...

—¡Déjalo ya, por favor! — la increpó Laura.

Julia se levantó y le lanzó una mirada de reproche.

—Espero que cuando estés más calmada recapacites y decidas de una vez por todas tomar las riendas de tú futuro. Sabes que tienes que hablar con él o te arrepentirás el resto de la vida. Aquí está su dirección — dijo dejando caer una tarjeta sobre la mesa.

Su hermana no se molestó en cogerla.

—Te llamaré. Cuídate, por favor.

Laura, cuando quedó sola, cogió la tarjeta. Alberto se había trasladado a la ciudad, a tres escasas manzanas de su apartamento. Una distancia corta que los separaba como si fuesen miles de kilómetros, porque todo había acabado entre ellos.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Decidió no abrir. No deseaba volver a discutir con Julia.

—¿Laura?

Empalideció al reconocer la voz tras la puerta.

—Sé que estás ahí. Abre, por favor.

Ella se quedó quieta apoyando las manos en la puerta, respirando con dificultad, indecisa.

—Te aseguro que si no me dejas entrar, armaré un escándalo — dijo Alberto alzando la voz.

—Vete — musitó ella aterrorizada. No deseaba verlo. No quería sufrir aún más.

Alberto aporreó la puerta con furia. Laura inhaló aire y abrió.

—¿Estás loco?

—Creo que sí.

—¿Cómo me has encontrado? — preguntó con frialdad.

—Julia me llamó. Estuvimos hablando.

Mataría a su hermana. Sin duda lo haría.

—¿Y qué quieres? — le preguntó con descortesía.

—Tenemos que hablar —repuso él entrando con decisión.

—Te rogaría que salieses de mí casa —dijo ella mirándolo con enojo.

—Y yo que cerraras. A los vecinos no les importa nuestra intimidad — dijo él.

—Me sorprende que digas eso. Sobre todo cuando te exhibes

constantemente con tus amantes sin pudor — repuso ella con sarcasmo.

El rostro de Alberto se contrajo disgustado.

—No veo la prudencia en ti, Laura. Tú divorcio ha sido publicado en toda la prensa y medios de comunicación.

—Si has venido a discutir, es mejor que te largues — dijo ella.

—He venido a aclarar nuestra situación.

—¿Qué situación, Alberto? Entre nosotros no hay nada. — dijo ella.

—No estoy de acuerdo. La última vez que nos vimos creí que volvías con tu marido y ahora leo que os habéis divorciado.

—¿Y piensas que es por tú causa? No te engañes, Alberto. En París me sentí muy sola y tú fuiste como una tabla de salvación. Supongo que hubiese hecho lo mismo con cualquier otro — dijo ella con crueldad.

Alberto apretó la boca encrespado.

—Y ahora que todo ha quedado claro, vete, por favor — dijo ella abriendo la puerta.

Él la cerró de un puñetazo.

—¿Así que te hubieses acostado con cualquiera, no? — siseó él con ojos encendidos por la ira.

Laura lo miró asustada. Nunca lo había visto tan encolerizado.

—Por favor... Alberto, vete — gimió.

—Mientes, Laura. Y permaneceré en esta casa hasta que confieses la única verdad: Que me amas — dijo él abrazándola.

—No. ¡Te odio! ¡Vete con tus amantes! — exclamó ella liberándose.

—Nadie sabe mejor que tú que la prensa cuenta invenciones. No tengo ninguna amante, Laura. Jamás la he tenido desde que te conocí — musitó él acariciándole la mejilla.

—No es cierto — dijo ella apenas sin voz, a punto de llorar.

Él se apartó y se arrodillo.

—Eres la única mujer que me importa. Te quiero y deseo pasar el resto de mis días a tú lado. Laura. ¿Quieres casarte conmigo? — dijo él mirándola con ternura.

Ella sacudió la cabeza y huyó hacia el salón. Él la siguió.

—¿Por qué eres tan cruel? ¡Déjame en paz! ¡Sal de mí vida de una maldita vez! — gritó Laura.

Alberto la miró desesperado.

—¿Por qué te niegas a creer que te amo realmente?

—¿Qué voy a pensar si durante este tiempo no has intentado verme? — dijo ella sin apenas voz llorando con aflicción.

Él la arropó entre sus brazos.

—Creí que estabas con Ramón. Y a pesar del sufrimiento no quise interponerme. Incluso intenté olvidarte con otras mujeres, pero no pude, Laura. He sido incapaz de hacer el amor. Únicamente te deseo a ti. Estás enraizada en mí corazón. Y cuando vi la noticia en el periódico, fue imposible resistir la tentación de verte. Necesitaba saber si me amabas, mitigar el dolor que me consume desde que nos separamos.

—Lo nuestro no puede ser.

—Cariño, no me rechaces. Te lo suplico — le pidió él con angustia.

Laura alzó los ojos. El rostro de Alberto mostraba desesperación.

—¿Y qué haré cuando me abandones por una mujer más joven? — dijo ella.

—Nunca te dejaré. Nunca — juró él besándole el cuello.

—Nuestras familias pondrán el grito en el cielo — dijo ella.

—No me importa — susurró él atrapando su boca.

—Alberto, deberíamos hablar de todo esto con más calma — protestó Laura.

—¿Qué deseas aclarar? — dijo él desabrochándole la blusa.

—Muchas... Muchas cosas — jadeó ella al sentir la caricia en el seno.

—¿Y no pueden esperar, cariño? —susurró él subiéndole la falda. Acarició las piernas lentamente hasta llegar al interior de sus muslos.

—¿Cómo puedo estar segura de tu amor? Tal vez lo que deseas de mí es simplemente sexo — preguntó Laura.

Alberto se apartó.

—Si esa es tú duda, me estaré quieto. Prometo esperar hasta que estés completamente convencida —dijo. La soltó y se encaminó hacia el salón. Tomó asiento invitándola a que ella hiciese lo mismo.

—¿Quieres café, un brandy, un refresco?

—Sabes perfectamente lo que me apetece.

—Sexo.

Alberto sacudió la cabeza.

—Amor, Laura. Amor.

¿Por qué dudaba? ¿Por qué era una mujer madura y él un joven guapo y exitoso que podía tener a las mujeres más bellas? Y ella. Era una mujer

elegante, aún hermosa y admirada. ¿Por qué razón no podía enamorarlo?

—Estoy ofuscada. No sé que pensar, que hacer...

—No pienses, mi amor. Siente. Solamente escucha lo que dice tú corazón.

—Mi corazón dice que...

—¿Qué? —inquirió él mirándola con inquietud al ver su rostro taciturno, temiendo lo peor.

—Alberto, lo único cierto en estos momentos es que quiero estar contigo

— dijo ella instándolo a que abandonara el sofá. Él no dijo nada y se dejó llevar hasta la habitación.

—¿Te excito? — musitó ella mirándolo sin vergüenza.

Alberto la abrazó y la besó con apremio.

—Hasta la demencia, cariño — dijo ronco.

—A pesar de todos mis esfuerzos, no puedo evitar desearte, de querer sentir tu cuerpo contra el mío — musitó ella.

Alberto la llevó hasta la cama. Le quitó del vestido y el sujetador. Casi con devoción acarició los senos femeninos provocando que Laura gimiera.

Ella lo apartó con brusquedad y le quitó la camiseta. Acarició su torso musculoso, con total liberación. Libre de culpa, con el rostro encendido, para después urgirlo a que se liberara de cualquier barrera que separaba sus pieles exaltadas.

—Sí... cariño... Sí... Quiero que me ames — gruñó él sintiendo la misma urgencia, hundiendo el rostro entre los senos, mientras sus manos que recorrían con audacia cada punto erótico de su cuerpo.

Las caricias de Alberto la estaban matando.

—Pensé que eras una chica fría —gruñó él sonriendo angustiado al recibir la caricia íntima.

—Tú me has pervertido. Lo hiciste junto al roble obligándome a reconocer que nunca había sentido pasión. Desde esa noche mi vida ha sido un infierno —jadeó ella mordisqueándole el labio inferior.

—No volverás a sufrir, cielo. Aunque si no paras, acabarás matándome — murmuró Alberto alzándola. Ella se aferró con fuerza a su espalda.

—Te amo — dijo mirándolo.

—Pensé que nunca lo confesarías — dijo él sonriendo.

—Tenía miedo a que me rechazaras — musitó ella.

Alberto la besó con ternura.

—¿Rechazarte? Imposible, Laura. Porque te deseo, porque adoro cada

rincón de tú cuerpo. Jamás sentí nada igual con una mujer. Nunca. Yo también quedé hechizado esa noche — dijo ronco mirándola con frenesí.

—¿Y no te arrepentirás cuando todos nos señalen? ¿Cuándo digan barbaridades sobre el motivo que tienes para estar junto a mí? — preguntó ella apartándole con el dedo el mechón dorado que caía sobre su frente sudorosa.

Él la miró con gesto seguro.

—Lo que opine el mundo me trae sin cuidado. Además. ¿Por qué opinarán sobre mí? Ahora soy un pintor afamado. Puede que piensen que estás a mí lado por interés.

—¡Por supuesto!

—¿Acaso dudas de mí fama o lo terriblemente famoso que llegaré a ser?

—¿Te importaría dejar este debate para más tarde?

Laura se abrió para él, dejando que entrara en ella. El fuego la consumía y devolvió cada caricia con el mismo deseo, elevándola a un placer lujurioso, desinhibiéndola. Lo único que importaba ahora era disfrutar del amor de Alberto.

—Eres maravillosa, cariño — jadeó él.

—¿La mejor de todas? — preguntó ella mirándolo con inseguridad.

—Eres la única mujer que ha logrado trastornarme. Cuando estás junto a mí nada me importa, salvo tu amor. Te quiero Laura. Y no permitiré que me abandones. Eres mía. Solo mía. Lo sabes. ¿Verdad? — musitó Alberto inmerso en la pasión.

Laura asintió arrebolada alcanzando el clímax, murmurando una y otra vez que lo amaba, recibiendo todo el ardor de Alberto.

—¿Vas a casarte conmigo? — le preguntó él ya más calmado.

Ella lo miró con seriedad.

—Es un poco pronto para hablar de matrimonio. Aún no nos conocemos bien y...

—¿Te avergüenzas de mí? Por favor, cariño. Olvida de una vez los años que nos separan. Lo único importante es que nos amamos. ¿No crees? — dijo él con un destello sombrío en los ojos.

Laura le acarició la mejilla.

—Alberto, eres muy joven y yo deseo tener una familia. Sería egoísta por mi parte pedirte un hijo ahora, cuando estás comenzando a vivir con independencia — murmuró ella con tristeza.

Alberto sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

—La independencia no me interesa. Quiero estar atado a ti y tener un hijo contigo sería lo mejor que podrías ofrecerme, cariño. ¿Qué hombre no estaría orgulloso si la madre fuese alguien tan fantástico como tú? Es más, deseo tenerlo cuanto antes. Así que, tenemos que darnos prisa. ¿Te parece bien que nos casemos la semana que viene?

—El escándalo aún será más sensacionalista — dijo ella sonriendo.

—¿Y qué? — rió él besándola con delicadeza.

Laura también rió.

—¿Sabes? Ya no me importa si nuestra relación molesta a la familia o al mundo. Quiero ser feliz, Alberto.

—Y lo serás, cariño. Seremos la familia más dichosa de la tierra. Te lo prometo — dijo él besándola con suavidad, ya sin prisas, libre de toda angustia. Entre sus brazos estaba la mujer que amaba y ahora tenía la vida que siempre había soñado.

Alberto besó la frente del pequeño Miguel y después la de Valentina. Despacio cerró la puerta y regresó al salón.

—Por fin duermen profundamente.

—En verdad son agotadores para una vieja como yo —suspiró Laura.

—Una vieja hermosísima y llena de vida.

—¿Cómo crees que se tomarán tu nuevo embarazo?

—Con alegría y más cuando sepan que son gemelos —rió Laura.

Alberto la miró arrebolado. Los años y los embarazos habían aumentado su belleza espectacular. No podía hacer una mujer más deseable.

—¿De veras tenemos que ir? Preferiría quedarme en casa.

Su mujer dibuja una dulce sonrisa al comprender sus intenciones.

—Yo también, pero no podemos faltar o a mi madre le dará un ataque.

—Aún recuerdo como me trato cuando le dijiste que íbamos a casarnos. Me acusó de pervertido, de aprovechado y de unas cuantas lindezas más. Y no digamos lo tuyo. Te echó de casa y de la familia. Aseguró que eras la peor hija que una mujer podía tener y la vergüenza del pueblo. Para después sufrir uno de sus famosos vahídos.

—También aseguró que me abandonarías en menos de un año.

—Erró. Llevamos cinco años felizmente casados.

Laura lo besó en la mejilla.

—Y espero que sigas amándome otros cuarenta más.

—¿Acaso lo dudas? Si así es, te demostraré ahora mismo que mí pasión no ha decaído; por el contrario, aumenta cada vez más —dijo él abrazándola.

—Me encantaría pero la canguro llegará en unos minutos.

—Tiempo suficiente para algo rapidito.

—Cariño, me has enseñado a ser exigente. Quiero algo más elaborado.

—He creado un monstruo —suspiró Alberto.

—Te advertí que debía resarcirme de tantos años de inapetencia. Ahí llega Marta.

Alberto la ayudó a ponerse el abrigo y en cuanto entró la niñera, le dieron las instrucciones y se encaminaron hacia la casa familiar.

La matriarca los recibió con una sonrisa sincera en el rostro muy parecido a su hija.

—Como siempre, los últimos.

—Ya sabes que dependemos de la canguro —se excusó Laura.

—Los demás traen a los niños. No sé por qué razón vosotros no.

—Como sabe, los nuestros son terriblemente rebeldes. Necesitan rutina o nos vuelven locos.

—Me pregunto a quién han salido —remugó su suegra.

—Mamá, por favor. No estropees una noche que se prevé maravillosa.

Soledad Alqueriza entrecerró los ojos.

—¿La razón?

—Espera a que estemos todos alrededor de la mesa.

—¡Ni hablar! No dais ni un paso hasta que me cuentes que pasa.

Laura tomó aire.

—Vas a ser abuela de nuevo y de gemelos.

Su madre parpadeó desconcertada.

—Ha escuchado correctamente, querida suegra.

—Pero... ¡Estáis locos! Laura, que tienes cuarenta y cinco años. ¡No es prudente!

—Últimamente no he hecho nada prudente mamá y puedo asegurarte que gracias a mis locuras soy inmensamente feliz. Anda. Por una vez, alégrate por mí.

Soledad Alqueriza, poco dada a las exhibiciones sensibleras, acarició la mejilla de su hija y dijo:

—Aunque no lo creas, siempre he deseado tu dicha. Y si te lancé a tu primer matrimonio, es porque realmente pensaba que era lo mejor para ti.

—Lo sé, mamá.

—Quiero que sepas que, a pesar del escándalo, ahora me siento satisfecha de la felicidad esté aposentada en tu vida.

—Debería felicitarme por ser el causante de ella. Le he dado la familia que tanto deseaba. ¡Y qué familia! Nada menos que numerosa —dijo Alberto, con tono de chanza.

Su suegra le golpeó suavemente en el brazo.

—Como vuelvas a dejar embarazada a mí pequeña, te mato. Se mantiene

en forma, pero el cuerpo de una mujer tiene límites.

—No te preocupes. Con los gemelos, cerramos el chiringuito —aseguró Laura.

—Quitaos los abrigos y pasad al comedor. Iré a dar instrucciones para que sirvan la cena.

—Parece mentira lo que ha cambiado —dijo Alberto.

—La vida te enseña y ella ha aprendido que lo más importante en esta vida no son las normas.

—Así es. El amor y la familia es lo más primordial. Y tú me lo has proporcionado todo —dijo Alberto.

—No, cariño. No. Gracias a tu testarudez que me obligó a replantearme la vida, ahora tenemos todo lo que alguien puede desear —dijo Laura.

—No sabes cuanto te amo —le dijo él.

Ella lo besó apasionadamente.

—¡Por Dios! Un poco de respeto, que estás ante tú madre.

Laura y Alberto rieron divertidos, mientras caminaban para reunirse con su familia.